

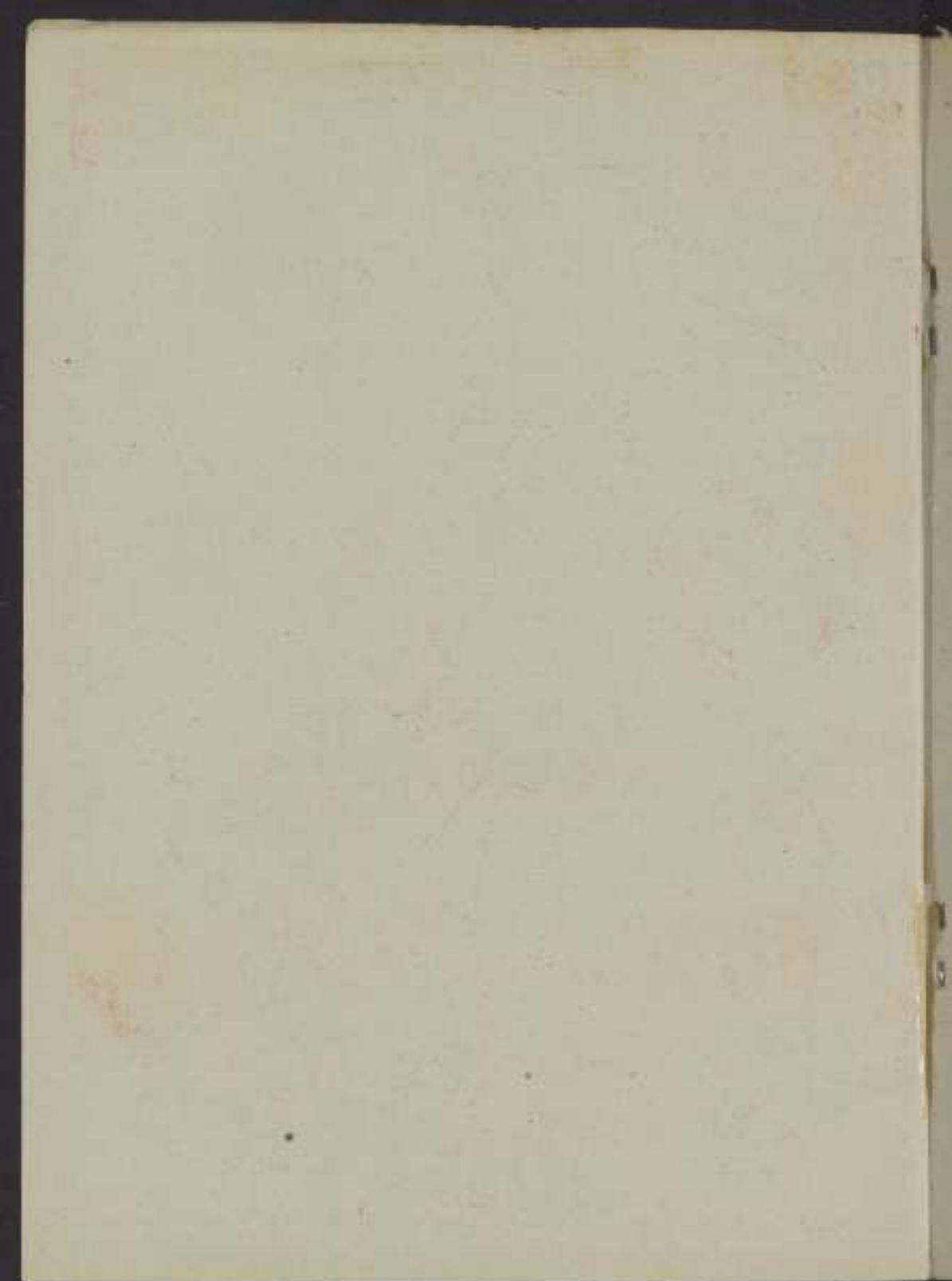
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
— Serie Especial

Paul
★
KELLY
★
Virginia
★
GREY

Editorial Atlas



★
★
★
CRIMEN & SUICIDIO?





ALVARO VILLALBA
1911 (republic) 1912 (suicide)
4402507888



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO

Valencia, 384 - Teléfono 716117

BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACION Y REDACCION
APARTADO DE CORREOS 707. - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbado, 16, Barcelona - Terraza, 4, Madrid

EDITORIAL
"ALAS"



AÑO XX

SERIE ESPECIAL
NÚM. 108

NÚM. 337

¿CRIMEN O SUICIDIO?

Un argumento que lleva al lector de sorpresa en sorpresa.

Un millonario extravagante que deshereda a todos sus
parientes para favorecer únicamente a uno de ellos.

Dos hombres que se odiaban, enterrados jun-
tos. Sólo ellos conocían quién fué el ase-
sino... Un hábil detective que, investi-
gando un caso desconcertante de
doble asesinato, se enamoró de
la joven presunta culpable.

Distribución U FILMS



A. Maura, 16. - Madrid

Balmes, 79. - Barcelona

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Katherine Palmor</i>	<i>Virginia Grey</i>
<i>Joe Simmons</i> . .	<i>Paul Kelly</i>
<i>Hellison Hayes</i> .	<i>Don Douglas</i>
<i>Leonor Palmor</i> .	<i>Elisabeth Risdon</i>

Director:

John English

Narración literaria por
Lupe Tutau



En el Estado de Colorado había una pequeña ciudad, denominada Palmor Springs, cuya existencia y prosperidad la debía a su colonizador y fundador, el millonario Grissly Palmor.

Era éste un anciano de unos ochenta años, de porte enérgico y voluntad de hierro. Sus excentricidades, conocidas en toda la comarca, eran únicamente sobrellevadas pacientemente por su nieta Katherine, la preferida entre todos sus numerosos herederos. Ella le atendía cariñosamente en la grave enfermedad que padecía y que hacía temer su próxima muerte.

Conocedor Palmor de que el resto de sus parientes estaban ansiosos de que falleciera para arrojarse sobre su cuantiosa fortuna, decidió cambiar en sus últimos momentos el contenido de su testamento, para lo cual hizo llamar a su abogado Ellison Hayes, único que había de estar enterado de las cláusulas del mismo.

Grande había de ser la decepción que éstos recibieran, puesto que cifraban todas sus esperanzas en los millones de Palmor para ver realizados los sueños de toda su vida y cambiar al fin el ambiente provinciano de la pequeña ciudad por los atractivos de las grandes capitales.

Grissly Palmor dió órdenes a su secretario, conocido por toda la ciudad como joven Tom, para que hiciera cumplir sus últimos deseos, que, como siempre, habían de ser extravagantes.

Con tal motivo nos lo encontramos en la funeraria de Palmor Springs conversando con el director de la misma, John Frey, quien le mostraba el sarcófago que había preparado para el viejo Grissly atendiendo a la orden de éste.

Sobre el mismo figuraba la siguiente inscripción:

«Grissly Morgan Palmor. Colonizador y fundador de Palmor Springs, Colorado. Nació el 1.º de enero de 1861. Murió... agosto de 1944.»

Tom lo observaba cuidadosamente para que se atuviera en todo detalle a lo indicado por su amo, y con su proverbial buen humor, comentó irónicamente:

—No tendría mucha gracia que el viejo Grissly Palmor durase hasta septiembre.

—No, desde luego. Nos veríamos precisados a cambiar la inscripción. He dejado bastante sitio para poner el día de la defunción, y no creo que haya que variar el mes. El doctor me lo aseguró.

John Frey temía que la voluntad del viejo Palmor y su fortaleza hicieran prolongar su vida, con lo cual tendría que confeccionar una nueva placa para el sarcófago, cosa que no convendría a sus intereses. Por otra parte, nadie en Palmor Springs sentía mucha simpatía por el extravagante anciano.

—¿No está ya en las últimas tu amo, joven Tom?—preguntó.

—Sí, Frey. No le queda mucho para largarse, y él se da cuenta también. Me envió a la ciudad con un montón de encargos póstumos. Quiere que le mande usted eso en seguida. Desea echarle un vistazo para cercionarse de la perfección del trabajo.

Tranquilizado Frey, dijo con semblante risueño:

—Sí, ya sé por lo que quiere tenerlo allí. Para que su abogado Ellison Hayes pueda sellarlo tan pronto como muera.

—Cierto—respondió Tom—. El viejo Grissly no quiere que la gente le esté mirando. Realmente quiere descansar en paz.

—¿Es un viejo excéntrico y chiflado?—añadió despectivamente Frey.

Dirigiéndose ya hacia la puerta, Tom dió por terminada la conversación diciendo:

—Bueno, me voy; tengo que entretenerme en repartir a todos sus «afilidos» parientes una invitación especial para que se despidan de él. Le repito, Frey, que no deje de mandar el sarcófago inmediatamente, ¿eh? Está allí, en la cama, maldiciendo y quejándose.

—Sí—dijo Frey riéndose—. Apuesto a que sí. Conservará su mal humor hasta el último momento.

EN BUSCA DE FAMILIARES

Dirigióse luego Tom a la tienda de flores que regentaba uno de los nietos del anciano Crissly. Desde el umbral de la misma sorprendió la conversación que sostenía Fred Palmor con su esposa sobre el tema que tanto les preocupaba.

—Fred...

—¿Qué hay, June?

—¿Supones que el abuelo habrá muerto ya?

—Es posible.

—¿Tardarán mucho en leer el testamento cuando muera?

—No, mujer; lo leerán en seguida. Te lo he dicho cien veces.

—Mira, Fred, lo mejor que puedes hacer es coger el dinero tan pronto como el viejo muera. Ya tengo reservadas las plazas para Reno. No te irás a volver atrás en aquella cantidad que me ofreciste, ¿verdad? Porque si lo haces...

—Calla ya de una vez, mujer. Te lo daré... Te lo daré... —exclamó Fred impaciente.

Hasta entonces no se había percatado el joven matrimonio de la presencia del secretario, que les escuchaba sin abandonar su perpetua sonrisa irónica.

—Se saluda a los dos jóvenes enamorados.

—¡Ah!... ¡Hola, Tom!... ¿Qué hay?—preguntó Fred ansioso.

—Tienen que ir esta noche al castillo.

June, que ya veía el dinero en sus manos, creyó oportuno adoptar una actitud que estuvo de acuerdo con las circunstancias, y lloriqueando exclamó:

—¡Oh! ¿Ha muerto el abuelo?...

—¡Ja, ja, ja!

Tom encontró francamente cómica la escena y reíase ruidosamente mientras en tono festivo les dijo:

—No, consuélese... Quiero darles el beso de despedida. ¡Ja, ja, ja! ¿Y séquese esas lágrimas!

Al marchar Tom, June y Fred, decepcionados, volvieron nuevamente a sus consabidas discusiones. June, que, como mujer, reaccionó antes, increpó agriamente a su marido:

—¡Deja esa sonrisa idiota, hombre!... Empieza a buscar a alguien que coloque juntas todas esas coronas. Parece que se te han subido los millones a la cabeza.

* * *

Siguiendo su recorrido, encontramos a Tom en la librería que dirige la viuda de uno de los hijos del anciano Grissley. Esta, al ver aparecer a Tom, creyó también que Palmor había ya fallecido,

—¡Hola, Tom! ¿Ha muerto ya?—preguntó.

—No, Leonor, todavía no; pero continúa con la misma gravedad. Quiere que vayan todos ustedes esta noche a su casa.

—Pobre abuelo... ¿Qué puedo llevarle? ¿Cree usted que le gustaría un libro? Tenemos algunos recién editados.

—¡Oh, no! El viejo Grissley no sabría qué hacer con un libro. Probablemente intentaría bebérselo. No deje de ir y lleve a su hija. Adiós, Leonor.

—Adiós, Tom.

Volvió Leonor al interior de la tienda, donde estaba probando un vestido a su hija Maribel, muchacha lindísima que aparentaba tener unos veinte años.

—¿Qué decía Tom, mamá? ¿Está peor el abuelo?

—Terminando, por lo que dice.

—Ya podía haberlo hecho... Ese viejo borracho y avaro, ¡Con tanto dinero y nunca nos dió un céntimo, ni ayudarnos siquiera cuando murió papá!

—Vamos, Maribel, no te disgustes y no tengas tan poca caridad; al fin y al cabo, es tu abuelo y no debes expresarte de ese modo. Pronto estaremos lejos de esta ciudad. Llamé a la estación para informarme sobre los trenes.

—¡Oh, cuánto me gustaría volar! Irme para siempre de este detestable pueblo. ¡Sería maravilloso, mamá! — exclamó Maribel ilusionada con la idea de un viaje que la llevaría al logro de sus ambiciones.

—No fantasees más, Maribel. Estáte un poco quieta si puedes. Vuélvete un poco hacia la izquierda, querida... Despacio, despacio. Estás preciosa con este vestido. ¡En cuanto te vean en Hollywood como estás ahora!...

—Sí, mamá. Ya verás cómo algún día seré una gran «estrella». ¿No crees? Y escribirán muchas cosas de mí...

* * *

Al salir de la librería, Tom dirigióse a la farmacia de la pequeña ciudad, en la cual hallábase empleado Bob Palmor, otro de los nietos del anciano Grissley.

Cuando entró el secretario, Bob estaba remitiendo un telegrama a su prometida anunciándole la próxima realización de su proyectada boda. Esperanzado ante la gravedad de su abuelo, creía verse pronto en posesión de la codiciada herencia, que había de contribuir a la solución de sus dificultades.

—Diga, oiga... ¡Tome nota, señorita! Un telegrama para Nueva York... Ciudad... sí... Dirigido a la señorita Rebas Tennis... y el texto es el siguiente: «Ten preparado el equipo. Llegaré a Nueva York a fin de mes.»

Se interrumpió al ver aparecer a Tom, y como todos sus parientes, creyó fuera portador de la «triste» noticia.

—¡Hola, Tom! ¿Es que ya...?

—No, Bob, no. Todavía no. Traigo una sorpresa para usted. Su «querido» abuelo quiere que usted y su papá acudan esta noche a su casa. Ese «trousseau» es posible que esté pasado de moda cuando vaya a utilizarlo. ¡Ja, ja, ja!

Al ver reflejada en el rostro de Bob la gran decepción que éste tuvo, alejóse riendo de la farmacia, y así fué cumpliendo todos los encargos de su amo.

EN EL CASTILLO DE PALMOR SPRINGS

La casa donde vivía el millonario Grissly era una magnífica y lujosa mansión que en lo alto de una colina dominaba la pequeña ciudad. Desde cualquier punto de la misma divisábase la silueta del castillo con su aspecto salvaje, que armonizaba con el carácter nada apacible de su propietario, como lo demostraban los gritos que desde su cama daba a su nieta Katherine diciéndole:

—¡Cierra esas malditas ventanas! ¿Quieres que me muera de frío?

Katherine acudió solícita al lado del enfermo.

—Vamos, abuelito, el doctor Renny dijo que se renovara el aire.

—¡Renny... Renny!... ¿Qué sabe él? —contestó furioso el viejo Palmor—. Si supiera algo de medicina, no estaría yo muriéndome ahora.

—Bien, abuelo: Si te hubieses escuchado dejando de beber...

Acabándole de nombrar, llegó el doctor Renny, que no se sorprendió de las palabras que acababa de oír de su paciente; no obstante, se dirigió a él, manifestando un enojo que en realidad no sentía:

—Te lo he dicho cien veces, Grissly; estoy muy viejo para

subir aquí cada vez que tienes un cólico. ¡Oh! Debiera de atenderle el doctor Chester.

—Valiente medicucho; tú no eres muy listo, pero tienes olvidado lo que él no ha sabido jamás.

—Bien. Reconozco que he olvidado mucho en esta comarca salvaje.

—¿Consideras a Palmor Springs como una comarca salvaje? —dijo Grissly con aire amenazador, al tiempo que sacaba el revólver de debajo de la almohada.

—No, no... —exclamó temeroso el doctor, que sabía de lo que era capaz su irascible cliente.

Dirigiéndose a su nieta y sin soltar el revólver, continuó Grissly:

—¡Oye, tío!... Cierra esas ventanas, como te dije.

—¡Bueno, abuelo, deja ya de jugar con eso! No asustas a nadie. Sabemos que está descargada.

—Sí, aprieta el gatillo y verás...

En la certeza de que estaba descargada, apretó Katherine el gatillo, disparándose el revólver.

—¡Abuelo! —exclamó asustada.

—La descargasteis y yo la volví a cargar. ¡Ja, ja, ja!...

Parecía un chiquillo sorprendiendo a sus mayores con una de sus habituales diabluras.

Interrumpió su risa al entrar en el aposento el joven Tom, a quien preguntó:

—¿Oíste el disparo?

—¿El disparo? —contestó aquél—. No, no lo oí. Desde fuera no se oye nada. ¿Quién fué?

—Katie, que quiere matarme antes de tiempo.

Reíase de nuevo mientras le señalaba el sarcófago que ya tenía en su habitación.

—Mira Tom... ¿A que es de última moda?

—Ya vi yo ese mausoleo en casa de Frey. ¡Cáspita! Es espacioso.

—Necesito ya mucho sitio para moverme —dijo el viejo Grissly.

—Sí, sí que lo necesitaré—respondió Tom irónicamente—. Cuando sepa lo que su familia está planeando, va usted a dar vueltas como una peonza ahí dentro.

—¿Qué, qué es lo que proyectan?—preguntó con voz amenazadora Grissly.

—¡Pues que se marchan, eso es todo! Tan pronto como pongan sus manos en el dinero, paff... ¡Desaparecen!

—¿Que abandonan Palmor Springs? ¡No! ¡Eso creen ellos! El abogado está en mi despacho, ordenando mis papeles. Baja y que venga en seguida. Tráele inmediatamente.

—Vamos, abuelo — interrumpió Katherine —. No te excites por tan poca cosa.

Sin hacer caso a las indicaciones de su nieta, siguió el enfermo con sus desaforados gritos. Esta vez dirigíase al pobre doctor, que aguantaba pacientemente las iras de su viejo amigo y cliente.

—Renny, Renny. ¡Vamos, fuera de aquí! ¡Márchate, márchate! Tengo que hacer.

—Bueno, hombre, bueno. Ya me voy...—dijo aquél, dirigiéndose hacia la puerta.

Tan pronto se hubo marchado Renny, cogió Palmor su botella de whisky y la apuró de un trago, exclamando:

—Estoy siempre sediento. Me arden las entrañas. ¡Oh!... ¡Si creen que van a burlarse!... El nombre de Palmor Springs nació conmigo, y aquí quiero que vivan los Palmor después de mi muerte.

Katherine, que no opinaba como su abuelo, dijo:

—Verdaderamente no es razonable que quieras retenerlos aquí.

—Nadie los sujetaba. Podían marcharse cuando quisieran, igual que hiciste tú.

—Sí; pero los habrías eliminado de tu testamento, si llegan a hacerlo.

Poco reparaste tú en eso, cuando te escapaste con aquel aventurero presumido. ¿Verdad? Fué una suerte para ti que Bentley muriese y, al dejarte viuda, volvieras a Palmor Springs.

—Sí—lamentóse Katherine—, y aquí estoy enterrada en vida.

—Te constaba que te desheredaría al marcharte.

—Lo sé, abuelo, y ni quise ni esperé jamás que cambiaras de parecer—respondió la muchacha, mientras arreglaba solícita la cama del abuelo.

A pesar de sus brusquedades, el anciano sentía un verdadero cariño por su nieta Katherine y preocupábase la aparente serenidad de ésta. Bien sabía él que no era el dinero precisamente lo que la hacía temer su porvenir, sino la soledad en que se encontraría cuando él falleciera.

Desde muy pequeña vivió siempre al lado de su abuelo, siendo el único cariño sincero que éste tenía. No obstante ello, la soberbia desmedida del anciano, no le permitió reconocerlo, por lo que Katherine estuvo siempre rodeada de un ambiente frío, sin una palabra amable que le hiciera más llevadera su vida, desprovista de todo trato humano que no fuera el de los sirvientes de su abuelo o sus parientes, que no la velan con buenos ojos, puesto que temían que pudiera influir a favor de ella en la decisión que el millonario Palmor hubiera de tomar al hacer su testamento.

Por eso confió en el primer hombre que llegó en su vida sin percatarse de que no era más que un aventurero sin escrúpulos que pensaba aprovecharse del dinero del abuelo. Como éste no diera su consentimiento a una boda que sabía de antemano había de proporcionarle muchos disgustos a su nieta, ésta con la inconsciencia de sus pocos años, hizo poco caso de sus advertencias y contra la voluntad del anciano se desposó con Lewis Bentley, huyendo con él, ansiosa de conocer unos horizontes más amplios que los que le ofrecían la pequeña ciudad que la había visto nacer.

Bentley, al comprobar que no podía conseguir sus propósitos de apoderarse de la fortuna de Grissly Palmor, único objeto de sus atenciones a Katherine, dejó de fingir a los pocos días de su matrimonio, descubriéndole su vida depravada y sus negocios fuera de la Ley, por los que en repetidas ocasiones había tenido contactos desagradables con la policía.

Horrorizada por todo ello, Katherine se vió forzada a aban-

donarle, refugiándose de nuevo en casa de su abuelo, a quien le hizo creer que su marido había fallecido.

Aun cuando el anciano ignoraba el drama que silenciosamente sufría su nieta, su fino instinto le hacía presentirlo. Preocupábale en gran manera su porvenir, por lo que cuando ésta hubo terminado de arroparle, todo lo cariñosamente que su carácter brusco le permitía, le dijo:

—Katherine, ¿qué vas a hacer cuando yo muera?

—¡Oh!... Pues quizá ayude a tía Leonor en su tienda; ella es la única que me ofreció amparo alguna vez.

—Sí, es una buena mujer... en lo que cabe.

—Los otros son buenos también a su modo, abuelo; no pongas trabas a lo que vayas a dejarles.

—No eres tú quien tiene que decirme lo que he de hacer —respondió Grissly con su tono habitual—. No quiero que salga de esta ciudad ni un céntimo de mi capital. Aquí lo encontré y aquí lo ahorraré. O lo gastaré aquí o en ninguna parte.

En este momento llamaron a la puerta del aposento.

—¡Entre, entre!—gritó con su acostumbrado malhumor, molesto por la interrupción. Al ver que se trataba de su abogado Ellison Hayes, cuya presencia había requerido, se apaciguó.

—¡Ah! ¿Es usted, Ellison? Pase, pase... Le estaba esperando. —Y dirigiéndose a su nieta, dijo—: Katie, di a Tom que espere afuera. Le necesitare como testigo.

Antes de marcharse, Katie le encareció al abogado en tono bajo:

—Ellison, no le deje que siga adelante.

—¿Va a modificar su testamento?—preguntó aquél.

—Sí, eso pretende; pero no lo permita usted. Sería injusto.

—Dejen ya los cuchicheos y manos a la obra—exclamó Grissly impaciente—. Vamos, vamos, tráigase una silla.

* * *

Mientras Grissly Palmor despachaba sus asuntos con su abogado Ellison Hayes, Katherine no podía ocultar su impaciencia por conocer los resultados de esta entrevista.

Paseóbase intranquila por el hall esperando que bajara el joven abogado. Al verle aparecer, dirigióse a su encuentro y le preguntó:

—¿Pudo convencerle de que lo cambiase, Ellison?

—Es hombre muy terco, amiga mía. Además, suyo es el dinero.

—Pero les ha hecho concebir esperanzas toda su vida.

—No se preocupe, Katie; ellos jamás se preocuparon de la situación de usted.

—Pero sé lo que es anhelar escapar de aquí; yo todavía me fui y he vuelto, es lo menos que debería permitirseles.

—Lo siento—dijo el abogado—; yo no puedo opinar... Ya sabe lo que es un abogado y su ética. ¿Ha pensado lo que va usted a hacer después?

—Algo haré; no se preocupe por mí.

—¡Oh! No es que esté preocupado, aunque sí siento no ser hombre con más fortuna. Otra cosa hubiera sido si me hubiese marchado de Palm Springs, pero creí que el lugar prosperaría. Quise ser persona importante de un círculo pequeño para dedicarme luego a la política; y ahora quisiera hallarme en diferentes condiciones. Hace mucho tiempo que quería decirlo algo, pero tal como están las cosas no sé cómo hacerlo.

—¿Qué quería decirme, Ellison? —exclamó muy intrigada Katherine.

—Que se casara conmigo—respondió aparentemente emocionado el abogado, quien observando la extrañeza que su proposición causó en Katherine, preguntó:

—¿Quiera hacerme creer que jamás lo había imaginado?

Nada podía sorprender más a Katherine que esta repentina declaración del joven abogado. Había tenido poco trato con él y nunca había recibido pruebas de lo que acababa de decirle.

—¿Y cómo había de pensarlo? Ni me lo dijo nunca, ni nada me hizo suponer que tuviese tal pensamiento. De haberlo sabido, hace tiempo que le hubiese dicho que no pienso volver a casarme.

—El que fuera desgraciada una vez, no quiere decir...

—No, Ellison, no siga... Me es usted simpático y lo sabe; pero soy muy feliz tal como vivo ahora.

—¡Feliz!... Si está usted apagada. No lo ha sido nunca desde que volvió—dijo Ellison.

—No voy a coquetear con usted, amigo mío; soy sincera y le debo lealtad. Lo siento, pero esa es la verdad.

—Bien—dijo el abogado algo decepcionado—. Confío en que cambiará de pensamiento.

—No lo creo yo así.

—Les interrumpió una llamada telefónica a la cual atendió Ellison.

—Sí, un momento... Es el portero—dijo a Katherine—. Hay un hombre que desea verla. Se llama Harry Walsh. Dice que es importante. ¿Quién es, Katie?

—Es... era un amigo de mi marido. Que le digan que suba.

Con impaciencia, esperaba Katherine las noticias que pudiera traerle Harry Walsh, cuya visita acababan de anunciarle. Temía, no obstante, que éstas no pudieran ser nada halagüeñas, pues conocía perfectamente a su marido y sabía lo que podía esperar de él.

Grande fué su sorpresa al comprobar que el visitante no era Harry Walsh, sino el propio Lewis, quien con sonrisa irónica y modales desenvueltos le dijo:

—Como no sabía si me dejarías entrar, dije que era Harry. Estoy... algo cambiado, ¿no es cierto? Dos años de cárcel no son ningún tratamiento de belleza. ¿Te sorprende ver de nuevo a tu marido, Katie? La gente del pueblo me habló de que eras viuda.

—Eso es lo que dije cuando volví. Me avergonzó confesar que mi marido era un canalla.

—¿No pudiste divorciarte, eh?

—Ni lo intenté siquiera. Poco me importa el divorcio, pues cuando te dejé, Lewis, ya no te consideraba mi marido.

—Pero legalmente lo soy todavía, y tengo derecho a participar de tus bienes. Ya lei en un periódico de Denver que el viejo Grissly estaba muriéndose.

—No te regociges de antemano con esa idea, puesto que el abuelo me desheredó al marcharme contigo.

—¿No irás a decirme que eso no fué revocado al volver tú otra vez?—exclamó, alarmado, Lewis.

—¡No conoces al abuelo! Todo el que abandona Palmor Springs, sabe lo que le espera.

—¡Viejo tacaño! El no puede hacer eso. Eres su nieta y tienes derecho a una parte de su dinero.

—¡No lo necesito!

—¡Pero yo sí! Y voy a conseguirlo así tenga que arrancárselo céntimo a céntimo.

Con estas palabras alcanzó las escaleras, dirigiéndose con aire amenazador hacia el aposento de Grissly.

Katherine, alarmada y queriendo evitar una fuerte impresión al enfermo, le seguía intentando detenerlo.

—¡Lewis, detente y no subas! Si no te vas de aquí llamaré a la policía inmediatamente. ¡Lewis!...

A pesar de cuanto hizo Katherine, no pudo evitar que su marido llegara a la habitación de su abuelo. Hubo entre los dos una escena violentísima, y el viejo Grissly Palmor, irritado por las amenazas e imposiciones del marido de su nieta, disparó sobre éste.

Katherine, aterrorizada y haciendo alusión a Lewis que yacía tendido en el suelo, le dijo a Ellison, quien, atraído por el ruido del disparo, había acudido al aposento del enfermo:

—¡Oh, Ellison, busque al doctor Renny! ¡Envíe al joven Tom! Creo que está herido.

Ellison quiso antes comprobar si la herida era importante. Alzóse inmediatamente y con visible alarma exclamó:

—¡Katie, está muerto! ¿Qué ha sucedido? Dígamelo antes de que vuelva nadie.

—¡Oh!... entró aquí. Intenté detenerle... Quería dinero.

—¿Pero quién es?

—Mi marido.

—¿Bentley?... Usted dijo que era un amigo.

—Me engañó para poder verme. Su propósito era aprovechar.

se de la herencia cuando supo que el abuelo estaba moribundo. Era un hombre sin corazón. Yo le odiaba... siempre le odié.

—¿Así fué usted quien le mató?

—¡Oh, no, no... no fui yo!—defendióse vivamente Katherine—. El abuelo estaba furioso... se avalanzó de la cama y cogió la pistola.

Hasta entonces ninguno de los dos se había acordado del abuelo, que yacía inmóvil en su cama. Al acercarse el abogado comprobó con horror que también Grissly Palmor había fallecido. Katherine le miraba sin llegar a comprender. Estaba aturdida y las palabras de Ellison le hicieron volver a la realidad.

—Su abuelo está muerto, Katie. ¿Dice usted que fué él? Puede ser cierto si nos empeñamos que lo sea. Supongo que habrá que confesar que era su marido.

—Yo no le maté, Ellison. Le aseguro que no fui yo.

—Bien, Katie; pero tenemos que depender de las apariencias. Su abuelo ya no vive para decir lo que ocurrió. Reconocerá que lo que cuenta no es muy verosímil.

—Pero usted me cree... ¿Tiene que crearme, Ellison!

—Necesito creerla, querida, y como quiero protegerla, haré que todo el mundo lo crea también. Si se tratara de un extraño que se hubiese introducido por la fuerza... El dijo que se llamaba Harry Walsh. ¿Cree usted que el portero pudo reconocer en él a su marido?

—Arturo no lo había visto nunca. Lewis apenas era conocido en la ciudad—respondió Katherine.

—Entonces si pudiésemos sacarle de aquí sin que nadie le viera... se ahorraban todas las explicaciones. Pero suponiendo que pudiera hacerse, ¿qué haríamos después con él?

De pronto, al ver el ataúd que todavía estaba en la habitación, a Ellison se le ocurrió que la única solución para que Katherine pudiera salir sin complicaciones de aquel atolladero era enterrar ambos cadáveres juntos.

—¡Katie, el sarcófago...!

—¡No, Ellison, eso no!—respondió vivamente Katherine, que había adivinado las intenciones del abogado.

Este le hizo comprender que su situación era muy comprometida y que de no seguir sin protestas sus indicaciones, él por su parte no podía ayudarle.

En contra de su voluntad, vióse obligada Katherine a secundar los planes del abogado.

Encerraron en el mismo ataúd aquellos que en vida habían sido enemigos acérrimos. Luego, siguiendo las instrucciones que antes de morir había dado Grissly, lo sellaron y dieron la noticia a todos los parientes del difunto anunciándoles que el entierro se efectuaría sin pérdida de tiempo.

Ellison no se proponía otra cosa que obligar a Katherine a que accediera a sus pretensiones, escudándose en el secreto que ambos compartían.

Únicamente él conocía las últimas disposiciones de Grissly Palmor nombrando heredera universal de sus bienes a su nieta Katie, y quería aprovecharse de tal circunstancia.

Aun cuando Katherine ignoraba la verdadera causa de la actitud del abogado, hubiera preferido decir la verdad. Intuía que lo que estaban llevando a cabo no podía pasar inadvertido y que al fin se descubriría, complicando todavía más la situación.

Por ello, antes de proceder al entierro, volvió a insistir a su cómplice:

—¡Ellison, no podemos seguir adelante!

—Ya no tiene remedio, Katie. Estamos demasiado lejos para retroceder. No querrá que la acusen de asesinato, ¿verdad?

—No sé. Cualquiera cosa soportaría mejor, ¡Toda la ceremonia contemplando esa enorme caja!... Por favor, Ellison, no puedo, no puedo.

—Vamos, vamos, ánimese; es usted más fuerte de lo que cree, y pasado lo de hoy, ya no tendrá que volver a pensar en eso.

—¡Oh! No lo crea, amigo mío, pensaré en ello todos los días de mi vida. Me falta valor para dar fin a esta comedia. He de decirlo ahora... antes de que no tenga remedio.

—Todo eso está muy bien para usted; pero... ¿y yo?—inquirió el abogado— Usted sabe que sólo he querido ayudarla, pero la justicia me castigaría como encubridor o cómplice.

—No había pensado en eso.

—Pues será conveniente que lo considere desde todos los puntos de vista. La confesión puede ser muy saludable para el alma; pero indudablemente, nos llevaría a la celda de los criminales.

—¡Oh, por qué lo dejaría a usted...! Estaba aturdida. No reflexioné...—dijo angustiada Katherine.

—Querida, era lo único que podía hacerse. Usted no ha hecho nada realmente delictivo. Grissly mató a Lewis y Grissly está muerto. Vamos... ya ha pasado lo peor y ahora será cuestión de tiempo el que lo olvidemos. ¿Pudo usted quemar el sombrero? —acordóse de pronto Ellison.

—Aun no; está todavía en la alacena del hall.

—Yo, por si acaso, cogí todos los documentos de identidad.

UN NUEVO PERSONAJE

A pesar de todos sus temores, Katherine no sospechaba que un agente secreto había estado siguiendo a su marido desde mucho antes de la llegada de éste a Palmor Springs, por creérselo complicado en una importante estafa.

Joe Simmons, uno de los más hábiles detectives de Nueva York, era el encargado de este caso. Además de seguirle sin perderle de vista ni un momento, hasta que Bentley llegó a la finca del difunto Grissly Palmor, había hecho las correspondientes averiguaciones para asegurarse que de allí no podía salir sin ser visto por él.

Como ya se ha dicho, el castillo de Palmor Springs era una edificación grande y solitaria en lo alto de la montaña. Estaba todo cercado, salvo uno de los lados en el que había un profundo barranco que nadie podía atravesar. La única salida que había por tanto en la finca, estaba constantemente vigilada por el detective, que extrañado ya de que su hombre no diera señales de vida, decidió introducirse en la casa mezclándose entre los parientes de Grissly Palmor, que habían acudido presurosos al castillo al conocer la tan esperada noticia.

Estaban todos reunidos en el cementerio, que se hallaba den-

tro del amplio recinto del castillo. Tanto los hijos del viejo Palmor como sus nietos, hacían sus comentarios alegremente y sin el menor respeto hacia el abuelo que acababa de ser enterrado, esperando ansiosamente la lectura del testamento.

La única que sentía verdadero dolor por la muerte de su abuelo era su nieta Katherine, que estaba sinceramente afligida.

Joe Simmons, que no había dejado de observarla, pudo por fin acercársele.

—Tranquílese, señora Bentley—le dijo, solícito—. No creí que hubiese ningún familiar que se preocupara por el pobre viejo. La acompañaré hasta el coche.

—No, no, gracias —respondió Katherine—. Como hay poca distancia del cementerio al castillo, voy a ir a pie.

—Bueno, cuando se encuentre mejor, podré ir a su casa para hablar con usted. Estuve intentando verla, pero el portero no me permitió pasar.

—¡Ah, usted debe ser el señor Simmons! Sí, ya me han dicho que había usted preguntado varias veces por mi marido —respondió.

—Exacto... Sólo quería hacerle dos preguntas.

—¿Sobre qué?—preguntó ella, alarmada.

—Sobre Lewis Bentley. Yo quisiera ver a su marido, señora Bentley.

—Soy viuda, señor Simmons. Mi marido murió.

Para que el detective no pudiera darse cuenta de la inquietud que sus palabras habíanle producido, dió Katherine por terminada la conversación con estas palabras, y dirigióse al coche, en lugar de ir a pie como se había propuesto.

* * *

Requeridos por el abogado del difunto Grisly Palmor, acudieron todos a la biblioteca del castillo, donde iba a efectuarse la ensalada lectura del testamento.

Elison abrió, pues, el mismo, que decía así:

«Yo, Grissly Morgan Palmor, en pleno uso de mis facultades, confiero a mis albaceas Ellison Hayes y William Renney, la distribución de mis bienes.

»Primero. A mis fieles servidores Thomas Paget y a su esposa Mattie... Una renta vitalicia de quinientos dólares mensuales pagadera mientras exista cualquiera de ellos.

»Segundo y último. El remanente de mi patrimonio, propiedades y bienes personales, lo lego a mi nieta... Katherine Palmor Bentley, para que lo usufructúe toda su vida, y, a su muerte, sea repartido por partes iguales entre mis otros herederos, pues confío en que entonces sean demasiado viejos para pensar en abandonar Palmor Springs.»

Un murmullo de protestas se levantó en toda la sala. Ninguno de los decepcionados parientes podían imaginarse esta decisión del viejo Palmor. Habían hecho todos tantos planes sobre el dinero que esperaban recibir, que no podían renunciar al mismo sin exteriorizar su gran descontento.

Entre ellos discutían y se increpaban unos a otros:

—¡Tú me habías prometido ese dinero! ¡Cuando nos casamos, me aseguraste que pronto seríamos ricos!—decía June a su marido,

—¡Cállate ya de una vez, maldita mujer!—respondió éste.

—¡Terremoto! Y yo que pensaba hacer tantas cosas con ese dinero...—dijo Bob—. Lo ves, padre, si hubieras estado en mejores relaciones con el abuelo...

—¡Y qué culpa tengo yo de las excentricidades de mi padre! ¡Vamos a ver! También yo había echado ya mis cuentas.

—¡Ojalá arda en los infiernos toda la eternidad!

—Maribel, no hables así, hija mía. No sería sincera si dijese que me parece justo, pero me doy cuenta de que no es tuya la culpa—dijo Leonor, dirigiéndose a Katherine, luego.

—Yo ignoraba que lo hubiese cambiado, Tía Leonor, tú sabes que no se lo pedí.

—Lo sé... lo sé... Pero qué desilusión la de esa pobre hija.

Sin despedirse siquiera de Katherine, a la que creían todos culpable de la última decisión del abuelo, marcháronse todos los parientes.

Katherine, que se hallaba aturdida por tan variadas impresiones, al quedarse sola con Ellison le preguntó:

—¿Fue ayer cuando lo hizo?

—Sí—contestó el abogado.

—¿Y no pudo usted impedirlo? Sabía que yo no lo quería.

—Katherine—exclamó el abogado—, le ruego que no piense que si le pedí que se casara conmigo, fué por el dinero.

—Eso no importa, Ellison.

—Ya lo creo—repuso éste—. Me importa mucho todo lo que usted piensa de mí, querida, y me interesa todo lo de usted. Creo que bien se lo demostré ayer, ¿no?

—Sí, lo sé. Sólo trataba de protegerme.

—Y quiero continuar haciéndolo, ¿No accederá usted?

—¿A casarme con usted, Ellison?

—Sí—respondió éste—. Casi es obligado el que nos casemos para ampararnos el uno al otro.

—¿De qué?—exclamó Katherine.

—Pues... creo que ambos nos sentiríamos más seguros si legalmente no pudieran obligarnos a testificar el uno contra el otro. Bueno, Katherine, ¿qué me responde usted?

—Pues, ya le dije que no. No quiero casarme con usted, y nada me hará cambiar voluntariamente—dijo Katherine con resolución.

La llegada de Joe Simmons interrumpió este diálogo. Necejaba el detective en su empeño de averiguar el paradero de Lewis Bentley, y tal como había indicado en el cementerio, acudía de nuevo a Katherine para obtener de ella una más amplia información.

—¡Hola, señora Bentley! Siento tener que molestarla a estas horas.

—Voy a presentarles a ustedes. El señor Simmons... Señor Hayes...

—¿Cómo está usted?

—Bien, gracias—respondió secamente el abogado—. Espero sus noticias, Katherine—dijo, dirigiéndose nuevamente a ésta y en actitud de marcharse.

—Esta noche le llamaré, Ellison.

—Bueno; adiós, Katherine.

—Adiós.

—Señor Simmons... Espero tener el gusto de saludarle nuevamente.

—Seguramente. Adiós, señor Hayes.

Una vez se hubo marchado Ellison Hayes, volvióse Katherine, diciendo a Joe:

—Lo siento, señor Simmons; pero dije al portero...

—Sí, lo sé—exclamó Joe—, y no quería dejarme entrar; pero tengo aquí algo que me abre todas las puertas. No me gusta enseñarlo si no me es absolutamente necesario. Intimida a la gente y todo son habillitas alrededor de uno.

—¿Es usted policía?—dijo, inquieta, Katherine.

—Dependo... Ahora vengo como investigador. Me han encargado que siga la pista de una serie de asuntos turbios desarrollados en el Noroeste y todo parece converger en su marido.

—¿Y cómo sabe usted que es mi marido?—preguntó Katherine.

—Oh, sabemos muchas cosas de él. Le vengo siguiendo de Seattle a San Francisco y, luego, de Denver hasta aquí. Y ahora necesito verle.

—Pero si ya no está aquí!

—Mire, señora Bentley, empeorará usted la situación si trata de esconderle. El entró en la casa y no ha vuelto a salir. Tiene que estar aquí dentro. Usted no querrá tener ningún tropiezo con las autoridades por ocultar a un ladrón, ¿verdad?

—Desde luego que no; pero lo que le he dicho es cierto—afirmó Katherine.

—Tendré que ponerme desagradable y registrar la casa, señora Bentley.

—Puede hacerlo, si quiere. No le encontrará. ¿Por qué no empieza por la cocina? Así podría interrogar a Mattie...

—¿Quién es Mattie?—preguntó el policía.

—Mi ama de llaves.

—¡Ah!... ¿No viene usted?

—No—dijo Katherine—. Ya advertí a Mattie sobre lo que tenía que decir a usted.

Katherine, a pesar de su aparente tranquilidad, estaba muy preocupada con la presencia del policía en su casa. Temía que hallase algún indicio que le permitiese descubrir el desgraciado incidente que ocasionó la muerte de su marido y la resolución tomada por el abogado para hacerlo desaparecer. Pretendía, queriendo alejar al policía, hacer desaparecer el sombrero de Lewis que todavía guardaba en la alacena.

La sagacidad de Simmons le hizo sospechar de Katherine y adivinar la maniobra. Solamente desapareció unos instantes y regresó al hall, encontrando a la muchacha con el sombrero en la mano.

—¿Qué es esto que lleva ahí, señora Bentley? Vaya, vaya... si es el sombrero del hombre que he venido siguiendo desde Seattle...

Simmons, convencido de que no conseguiría nada de Katherine, decidió seguir solo sus investigaciones, y siguió registrando minuciosamente el castillo.

UNA TORMENTA OPORTUNA

A la mañana siguiente, Katherine desde la ventana de su coqueta habitación vió pasar por el jardín del castillo al joven detective.

Ignoraba qué es lo que podía haber hecho Joe desde que le dejó la noche pasada en el hall.

Al entrar Mattie con el desayuno, la interrogó:

—¿Lleva aquí mucho tiempo el señor Simmons, Mattie?

—Desde las cinco de la mañana. Nadie diría que no necesitaba dormir después de haber estado registrando la casa hasta pasada la media noche.

—¿Por qué no se marchará ya este hombre?—dijo Katherine, angustiada—. Quisiera que se fuese o poder marcharme yo.

—Bien, y ¿por qué no lo hace? Quiero decir, que por qué no se va a dar un paseo. Un poco de aire fresco le sentará bien. Sin alejarse mucho, pues parece que va a llover. Puede usted ir hasta la cabaña.

—¡Ay, Mattie, creo que ahora me sentaría bien hasta encontrarme en plena tormenta!

Se vieron confirmados los temores de Mattie. Hallándose Katie en la cabaña, a unos cuantos kilómetros del castillo, desencadenóse una violenta tempestad.

Aunque no con mucha claridad, pues se lo impedía el ruido de la tormenta, le pareció que alguien hablaba en el exterior de la cabaña. Extrañada de que hubiesen podido llegar hasta allí bajo aquella lluvia torrencial, abrió la puerta cautelosamente. El cuadro que se ofrecía a su vista era francamente gracioso. No pudo por menos de sonreírse ante el deplorable aspecto que ofrecía Simmons, que llevaba completamente empapadas sus ropas. Estaba solo y con todo cuidado procuraba tranquilizar al caballo de Katherine, que al notar su presencia se movía inquieto y no dejaba de relinchar.

—Quietos... Caballito precioso: ¡Quietos...! Calla de una vez. Vas a conseguir que tu linda amita me descubra.

—¿Cómo, señor Simmons! ¿Ha perdido el juicio para venir hasta aquí con ese chubasco? ¿Cómo se ha mojado usted! Le advierto que ha perdido el tiempo. Bentley no está aquí. Le permitiré quedarse con una condición: que no me haga preguntas —dijo Katherine, quien aun en contra de su voluntad, empezaba a inspirarle simpatía el detective.

—De acuerdo—respondió Joe.

—Pase. Debería usted quitarse esa ropa para que se seque, a no ser que quiera coger una pulmonía.

—Supongo que le alegraría si así ocurriese.

—¿Por qué?

—Porque de estar yo en la cama en alguno de esos simpáticos hospitales, no estaría en condiciones de importunarla más tiempo.

—Ja, ja, ja—rióse Katherine—. No soy tan vengativa.

Haciéndole pasar a otra habitación, le facilitó ropa para que pudiera cambiarse la que llevaba mojada, poniendo ésta junto a la chimenea que previamente había encendido para que se secase.

—¿Cómo llegó usted a casarse con un tipo como Bentley? —le preguntó el detective al hallarse de nuevo junto al fuego.

—Confieso que mi única disculpa era mi juventud... Apenas tenía los dieciocho. Estaba furiosa porque el abuelo no me dejaba marchar a la Universidad.

—¿Y qué decían sus padres?—se interesó Joe.

—Mis padres habían muerto hacía años. La tía Leonor fué la

única persona en quien me pude confiar; pero tampoco ella pudo convencerle para que me dejase ir.

—Debí de encontrarse muy sola.

—Es lo que menos me importaba, pero estaba tan harta de que jamás sucediera nada... Nada interesante, quiero decir. Temí que toda mi vida sólo fuese comer y dormir.

—¿Y entonces apareció Bentley?—dijo Simmons.

—Sí, y entonces conocí una vida que nunca supe que existiera. Muchas veces nos siguieron... personas como usted. Aquí jamás dije nada a nadie.

—¿Por eso es por lo que hizo creer que se había quedado viuda?

—Sí—respondió Katherine—. Tenía intención de decir la verdad cuando volví a casa, pero cuando vi que de mis parientes sólo podía esperar recriminaciones... me avergonzó reconocer que había cometido un error. Por eso mentí y no lo siento. Lo he llevado adelante hasta ahora.

—No me interesa esa fase del asunto—interrumpió el detective—. Lo que yo necesito es a Bentley.

—¿Preguntas, no...!—sonrió Katie—. Me lo prometió.

—Mire, Katherine, yo no estoy haciendo esto por gusto. No me agrada perseguir a criminales... cuando se compromete a personas como usted; pero sé lo suficiente para llevarla ahora mismo ante el jefe, y créame, él sí que le haría preguntas.

—No podría decirle más que lo que he confesado a usted. Mi marido estuvo aquí pero se marchó.

—Bentley no ha salido de la ciudad—exclamó Joe—. La realidad es que aún no ha atravesado esas enormes cancelas de hierro.

—Pero es que él no se marchó por la puerta principal.

—El portero me dijo que ésa es la única salida. Y ya me he cerciorado de ello.

Katherine, que en estos momentos se hallaba dueña de sí misma, queriendo despistar al detective le dijo:

—Hay un medio que incluso el portero desconoce. Es un árbol muy frondoso que sobresale hacia la parte del barranco y forma como un puente. Es muy arriesgado, pero... usted puede atrave-

sarlo y saldrá junto a la carretera que conduce a la ciudad. Yo solía utilizarlo, hace años, cuando me prohibieron ver a Lewis. Por ahí salió la noche que nos escapamos.

—¿Quiere hacerme creer que Bentley se valió de ese medio? —preguntó irónicamente el detective.

—Sí—dijo Katie—, ya estará lejos ahora. Probablemente en Chicago, y si se apresura, quizá le encuentre usted allí.

—Es posible, pero primero me gustaría ochar un vistazo al árbol ese.

—Yo se lo indicaré tan pronto acabe de llover.

Terminada la tormenta, Katherine, como había prometido, acompañó a Joe Simmons al lugar indicado.

Se trataba de la parte más agreste del bosque que rodeaba el castillo de Palmer Springs. Como había dicho Katherine al detective, había un árbol completamente inclinado que podía utilizarse como puente para atravesar el profundo barranco que separaba el castillo de la ciudad.

—No es muy macizo esto—dijo Joe, observando el árbol—. Siento que no me hablara antes de este lugar.

—Ya le dije que se había ido. Usted no quiso creerme...

—Bien. Ninguna razón tenía para creerla hasta ahora, Katherine. Sí, ya veo que no hace mucho que se ha utilizado el puente.

—¿Utilizado? ¿Quién pudo...?—manifestó, extrañada, Katherine.

Inmediatamente dióse cuenta de su torpeza. Con su espontánea declaración, que no había podido evitar, había puesto sobre aviso a Joe de la falsedad de su relato. Quiriendo arreglarlo, dijo:

—Pensaba que una lluvia tan intensa habría borrado las huellas.

—El agua no borra huellas como éstas. ¿Ve usted donde las ramas están desgajadas? Las han cortado para deslizarse el que sea sin salir todo arañado. Le aconsejo que no apueste muy alto en los juegos de azar... porque se lo conocerán en la cara. Bentley no ha escapado por aquí. No pudo disimular usted cuando vió estas huellas.

—Pero... yo... dije... yo...



—¿Consideras a Palmor Springs como una comarca salvaje? — dijo Grissly con aire amenazador.



—Ese «trousseau» es posible que esté pasado de moda cuando vaya a utilizarlo. ¡Ja, ja, ja!



Grande fué su sorpresa al comprobar que el visitante no era Harry Walsh, sino su propio marido.



— ¡Katie, «sta muerto!
¿Qué ha sucedido? Diga-
melo antes de que vuelva
a die.



—Su abuelo está muerto también, Katie.



Ellison empezó la ansiosa lectura del testamento.



—¿Qué es esto que lleva
ahí, señora Bentley?



—¿Lleva aquí mucho
tiempo el señor Simmona,
Mattie?



—¿Cómo llegó a casarse
con un tipo como Bentley?



—¡Vágame el cielo! Ahí
dentro se ven dos cuerpos.



—Odio los anónimos y
siento que este haya can-
sado tal revuelo.



—¡Corra, Joe, por favor,
corra!



—Creo que debiera dejarla en paz, señor Simmons—dijo la fiel sirvienta.



—¡Katie! Me ha dicho loe que te sientes y tomes una copita.



El doctor reconoció inmediatamente a Katherine.



Un instante después desprendiéndose los rocas, produciendo un gran estruendo.

—Ha dicho usted muchas cosas, Katherine..., mentira la mayoría. Desde el principio de su relación pude percatarme de ello. Vamos, míreme y dígame la verdad. ¿Dónde está Bentley?

—Se ha marchado le digo!—exclamó, aturdida ante la sagacidad del detective—. ¡Oh!, ¿por qué no se irá usted también? No lo encontrará nunca aquí, y lo único que hace es mortificarme.

—Rechaza mi ayuda, y usted misma se perjudica. Vamos, Katherine, haga caso a un hombre que comprende su situación y desea ayudarla. Por más que haga su marido, no podrá escapar. Deje, pues, de divagar y afronte la realidad.

Katherine, viendo que su situación se complicaba, y no hallándose con ánimos para guardar más tiempo el secreto que tanto la inquietaba, decidió confesar toda la verdad, y resueltamente dijo:

—Tiene razón, he estado mintiendo; pero voy a decir a nuestro Jefe de Policía que venga esta tarde a casa. Vaya usted también. Quiero hablarles con sinceridad.

Al encontrarse de nuevo en el castillo y antes de hablar con el Comisario y Joe, Katherine quiso dar cuenta a Ellison de la resolución que acababa de tomar...

Le llamó por teléfono. Sorprendióse éste, y alarmado, dijo:

—Katherine, ¿está usted loca?

—Lo estaba cuando cometí la torpeza de querer ocultar aquello.

—Pero si usted habla, ¿qué hago yo? —dijo, temeroso, el abogado.

—No se preocupe, Ellison. Pienso decir una mentira más. Diré que usted nada tuvo que ver en ello.

—¿La acusarán de asesina, Katherine!

—Los que me conocen, no lo creerán. Si pude persuadirle a usted que no fui yo, también podré convencer a la policía.

—¿Acaso piensa que me convenció?—exclamó irónicamente Ellison.

—¿Usted cree que le maté? Sin embargo, quería casarse conmigo. Sería por el dinero.

Viéndose desenmascarado, Ellison no intentó esconder su verdadera intención.

—Debiera agradecerme el que esté dispuesto a casarme con usted. Quedaba así anulado mi testimonio de que la vi matar a Bentley.

—En el lenguaje jurídico, ¿no se llama eso chantaje?

—A veces, Katherine, los chantagistas pueden ser muy útiles al asesino. No acuda a la policía. ¿Le pesará mucho si lo hace?

—Lo que siento es no haberlo hecho inmediatamente, pero nada me impedirá ahora relatar lo ocurrido al Jefe de Policía, señor Adams, y si no me creen, por lo menos me verá libre de usted.

—Katherine, vuelva a la razón.

Estas últimas palabras no fueron escuchadas por Katherine, quien, decidida a no cambiar su actitud, había colgado el auricular.

* * *

Inmediatamente después de esta conversación, apareció en el despacho de Ellison, Maribel, que muy excitada le dijo:

—Ellison, Ellison... Venga conmigo en seguida. Ocurre algo sorprendente. Están en la librería el doctor Reiny y el Jefe de Policía, señor Adams...

—¿Adams? ¿Por qué?—dijo extrañado Ellison.

—El señor Adams ha recibido un anónimo, y adivíne lo que decía.

—Venga, Maribel, déjate de rodeos y cuéntame.

—Pues lo que ninguno de nosotros se imaginaba. ¿Que en Palmor Springs se ha cometido un asesinato?

—¡Tonterías!—exclamó el abogado.

—No; no son tonterías. Decía que el abuelo no había muerto precisamente de alcoholismo. ¡Fue envenenado!

—¿Envenenado Grissly?

—Sí. ¿No es emocionante? La carta termina diciendo que la autora fue Katherine, porque sabía que Grissly había modificado el testamento. Bien. ¿No es verosímil? Ellison, si podemos probar

que eso es cierto, el dinero vendrá a parar al resto de la familia. ¿No es así?

Habiendo perdido la esperanza de apoderarse de la fortuna de Grissly mediante su matrimonio con Katherine, vió Ellison un nuevo medio de obtenerla, por las manifestaciones de Maribel, y decidióse a ponerlo en práctica.

—Desde luego, Maribel. Si se demuestra la culpabilidad de Katherine, serás una damisela muy acaudalada.

—¡Y podré irme a Hollywood como pensaba!—dijo Maribel, nuevamente esperanzada.

—Confío en que no, porque tendría que irme yo también —respondió el abogado, intencionadamente.

—¿Usted?

—¡Oh! ¿Podría dejar de verte... ahora que estás empezando a transformarte en la muchacha más linda que conozco?...

—¡Oh, Ellison!—respondió ésta, ruborosa.

Interesado el abogado por el nuevo giro que tomaba este asunto debido al anónimo recibido por el señor Adams, dirigióse rápidamente a la librería de Leonor para obtener una mayor información de lo que acababa de decirle su hija.

En la librería hallábanse reunidos Leonor, Adams y el doctor Renny.

—Hola, señor Adams—dijo al entrar el abogado—. Maribel me ha contado cosas muy curiosas.

—Sí, bastante extrañas—respondió éste—. Odio los anónimos, y lo que siento es que éste haya armado tal revuelo.

Leonor, que hasta entonces no había pronunciado ni una sola palabra sobre esta cuestión, exclamó:

—Si vale mi opinión, creo que sólo se trata de algún pariente desechado, que al ver que no pueda revocar el testamento, intenta perjudicar a Katherine.

—Pudiera ser... probablemente lo es —dijo, preocupado, el Comisario.

—En su lugar, yo despreciaría por completo esa carta—insistió Leonor.

—No—replicó el señor Adams—. Temo que no podemos ha-

cerlo. No sería muy lisonjero para la señora Bentley el dejar que corran esos rumores.

—Y si yo me he equivocado en la muerte de Grissly, necesito que se me pruebe—añadió el doctor.

—¿Cree usted que puede haberse equivocado?

—Nadie es infalible, Adams. Grissly se estaba matando él mismo hacia años con el alcohol. Y yo pude haber influenciado por esta causa. No soy ya el médico de antes; le dije a Grissly que llamara a otro y ojalá lo hubiera hecho.

De pronto Ellison, que se hallaba observando minuciosamente el anónimo, dijo a sus amigos con extrañeza:

—¡Qué raro!... Esto ha sido escrito en la máquina de Katherine. Conozco el tipo y el defecto que tiene de saltar un espacio después de la letra «ef».

—Su propia máquina, ¿eh? ¡Es sorprendente!—exclamó, intrigado, Adams.

—Alguien que anda libremente por la casa debe haberlo escrito, porque Katherine guarda la máquina en su escritorio—observó Ellison, que conocía bien las costumbres de la casa Paimor.

—¿Quiere usted decir que... Tom o Mattie?...—inquirió el doctor Renny.

—¡No!, no lo creo—dijo el abogado—. Ellos no se beneficiaban en nada con desembarazarse de Katherine.

—Es cierto, ellos ya tienen lo suyo—agregó el doctor Renny.

—Esto no favorece mucho... a la señora Bentley. —El Comisario lamentaba muy de veras que las apariencias acusaran a Katherine, por quien sentía verdadero afecto.

También Leonor demostraba por esta causa un gran pesar.

—Pero, ¿por qué iba Katherine a hacer cosa semejante?—preguntó—. Si no sabía ni que hubiera modificado el testamento.

—¿Le dijo a usted eso?—interrogó, sorprendido, el abogado—. Como ella...

—¿Ella qué...? Siga, siga. No estamos para evasivas. —El Comisario empezaba a impacientarse.

—Bien—agregó el abogado, intencionadamente—. Grissly me

dijo que ella llevaba meses insinuándole que alterara el testamento y por fin le prometió que lo haría.

—¡Y nada más hacerlo, le mató!—dijo Maribel, a quien el nuevo aspecto de la cuestión le daba nuevas esperanzas.

—¡Hija mía, calíat! No puedo creer que Katherine haya hecho tal cosa.

—¡Oh! ¡Yo-tampoco!—contestó, cínicamente, el abogado—. Aunque parece extraño el que insistiera en un funeral tan apresurado... Y que el féretro fuese sellado inmediatamente...

—Usted dijo que era un encargo de Grissly.

—¡Oh, yo!... Katherine me rogó que lo dijera así, doctor Renny. Me pareció raro, pero no presté mucha atención al hecho en aquellos momentos.

Maribel, que no desaprovechaba ocasión para hacer recaer las sospechas sobre su prima, dijo:

—«Del agua mansa, libreme Dios»... Ténganlo presente.

—¡Vamos, aguarden un momento...! Estamos sacando conclusiones demasiado deprisa. Como dice Leonor, esto puede ser producto de la envidia y no podemos permitir que se envuelva a la señora Bentley en una red de murmuraciones sin fundamento. Voy a tratar de seguir la pista a esta nota y...

Antes de terminar la frase, vióse sorprendido el Comisario por la llegada de uno de sus policías, a quien preguntó:

—¿Qué sucede, Ralph?

—Katherine Bentley acaba de estar en la Delegación, quería saber si podría usted ir inmediatamente a su casa. Deseaba verle.

—Buena... Yo también deseo ver a la señora Bentley—respondió Adams.

Despidiéronse, quedando en que, rápidamente y después de efectuar el señor Adams la entrevista con Katherine, les iría llamando para esclarecer de una vez el culpable o culpables de aquellos crímenes, que tan confusos se hallaban hasta aquel momento.

EL SECRETO DE LA SEPULTURA

El comisario Adams no se hizo esperar para atender a la llamada que le había hecho Katherine. También él deseaba hablar con ella para tratar de esclarecer de una vez tan enojoso asunto. Estaba realmente intrigado, pues aun cuando las sospechas recaen sobre Katherine, él no admitía tal culpabilidad.

Al entrar en el castillo, se encontró con Joe Simmons, que también había acudido a la cita de Katherine.

Ante todo, el Comisario les enteró del contenido del anónimo que había recibido. Katherine quedó verdaderamente desconcertada por esta nueva complicación, pues nunca sospechó que la muerte de su abuelo no hubiese sobrevenido de la impresión recibida por la reyerta con su marido.

—¿Quieren decir que el abuelo fué envenenado?

—No, no... No declamos eso—dijo el Comisario—. Probablemente no es más que un rumor esparcido por algún pariente envidioso.

—¿Pero quién puede decir que yo envenené a mi abuelo?

—No sabemos quién, pero... Bien, la grey de los Palmor está un tanto furiosa con usted por haberse quedado sin el dinero.

—¿Con qué se supone que fué envenenado?—preguntó Joe, que escuchaba interesado.

—La nota anónima no lo dice. Sólo indica que Katherine estaba enterada de ello.

—¡Eso es una mentira infame! ¿Por qué iba yo a hacer semejante cosa?—dijo Katherine, desesperadamente.

—En el anónimo dice que por la herencia—aclaró el Comisario.

—Pero si ni siquiera sabía que el abuelo hubiese alterado su testamento! Pregunten a Ellison. El puede decirlo.

Poco imaginaba Katherine el doble juego de Ellison, que no reparaba en medios para conseguir el fin que se había propuesto.

—También dice la nota que era algo extraño el que usted activara tanto el entierro sin que nadie le viera—continuó Adams.

—Eso fué cosa de mi abuelo. ¡Oh, qué horrible calumnia!

—Precisamente es lo que queremos demostrar, Katherine. De modo que no se atormente. Es una ignominia turbar el eterno descanso del pobre Grissly, pero cuanto antes conozcamos el resultado de la autopsia, más pronto cortaremos las habladurías.

Ante la sugerencia del Comisario, alarmóse Katherine profundamente. Aun cuando había decidido descubrir el secreto que tan celosamente había guardado, al llegar el momento, temía las consecuencias que ello pudiera reportarle.

—Según eso... ¿ustedes van a...?

—¿Abrir la sepultura? Sí.

La confirmación de sus temores, produjo en Katherine un choque nervioso. Joe, que permanecía a su lado, al observar que ésta perdía el conocimiento, la cogió en sus brazos y solicitamente la llevó a su habitación.

Mattie, el ama de llaves, acudió presurosa en auxilio de su joven ama.

Llamaron al doctor Renny, que tuvo que aplicarle unas inyecciones, a pesar de las cuales no pudieron hacerle recobrar el conocimiento. El doctor ordenó que la dejaran descansar, puesto que creía tratábase de un agotamiento más bien moral que físico. No obstante, Joe no se apartó de su lado, pues esperaba que al despertar pudiera aclararle, según le había prometido, dónde se hallaba su marido.

—¡Pobre criatura! ¡Si pudiera dormir toda la noche...! Creo que debiera dejarla en paz, señor Simmons—dijo la fiel sirvienta—. Por lo menos hasta mañana. Es el colmo. Han estado molestándola hasta que se ha desmayado y aun quiere usted seguir en cuanto abra los ojos.

—El doctor Renny dijo que se encontraría bien al despertar.

—Con tres píldoras de esas en el cuerpo, estará demasiado débil para hablar con usted. Mejor es que la deje dormir.

Volvió en sí Katherine, oyendo las últimas palabras de Mattie y exclamó:

—Estoy despierta, Mattie.

—¿Cómo se siente, mi querida niña?

—Pronto estará bien. No me explico mi desmayo. No me había pasado en la vida, Mattie... Supongo que el señor Simmons querrá hablarme a solas. ¿Quiere dejarnos?

—¿Sola? ¿Y aquí?

—Guardaremos las apariencias, mujer... Puede usted dejar la puerta abierta—dijo Katherine, sonriendo.

Katherine estaba ya determinada a hablar, pues veía cernirse sobre su cabeza una sospecha que la comprometía en grado sumo.

Quería resistirse ante la fatalidad, quería convencer a todos de su inocencia, pero no acertaba ante tantas y tantas coincidencias que lo hacía aparecer a los ojos de todos como presunta culpable.

Una de las cosas que más la atormentaba era que el abogado señor Ellison no acudiera a su defensa.

—¿Por qué la abandonaba? ¿Por qué no estaba junto a ella?

Al quedarse solos, Joe siguió con su interrogatorio, el cual le resultaba ya muy penoso.

—Siento mucho tener que volver a molestarla, pero me prometió la verdad respecto a Bentley.

—¿Es cierto que van a abrir el féretro?—preguntó Katherine, obsesionada siempre por la misma idea.

—Sí. Adams ha ido a recoger el mandamiento judicial.

—¿Cuánto tardarán en eso?

—Mire, señora Bentley, ni a mí ni a los que me confiaron esta misión, nos interesa lo de la sepultura de su abuelo—dijo el detective, impaciente—. Lo que queremos saber es dónde está su marido...

—Pues... Está en... enterrado con mi abuelo—confesó por fin Katherine—. No me extraña que me mire usted de ese modo. Fué algo espantoso. No he podido explicarme aún cómo pudo hacerlo. No se me aparta ni un momento de la imaginación. Ellos dos... que se odiaban a muerte... y enterrados juntos. Merezco todo lo que pueda sucederme.

Katherine sollozaba desconsoladamente al recordar los sucesos pasados, mientras Joe la miraba atónito.

—Aparte de lo horrible de su acción, obró usted muy torpemente, Katherine. Si Bentley se introdujo aquí por la fuerza, bastaba que en su declaración hubiese manifestado que le mató en defensa propia. Sabiendo de quién se trataba le habrían incluso felicitado.

—Yo no le maté—protestó Katherine—. Entró violentamente en la habitación de mi abuelo. Discutieron y el abuelo disparó contra él antes de que yo pudiera quitarle la pistola.

Joe, que dudaba de la veracidad de tales argumentos, preguntó:

—Entonces, ¿por qué trató de hacerle desaparecer?

—Porque él me dijo que me arrestarían por asesinato, que nadie me creería.

—¿Quién se lo dijo, su abuelo?

Cumpliendo lo prometido a Ellison, no quiso complicarle en el asunto y respondió:

—Sí, antes de morir me indicó lo que debía hacer. ¡Bien, señor Simmons, tenía usted razón! Por evitarme molestias no me di cuenta de que iba demasiado lejos y tendría que sufrir las consecuencias.

—Este asunto está complicado y le aconsejo que tome usted un abogado.

—¡Oh! No, no, ya he tenido uno, muchas gracias—dijo Katherine haciendo alusión a Ellison.

—Bueno, mi misión ya está cumplida. Me encargaron que localizase a Bentley y lo he llevado a cabo, es decir, así lo creo.

—He dicho verdad. Debe usted creerme, Joe. Ojalá no lo fuese...

—De todos modos, tendré que comprobarlo—respondió Simons—. No tengo jurisdicción alguna en este asunto. En caso contrario, me vería obligado a detenerla ahora mismo y créame que lo sentiría de veras. Sin embargo, como sé lo canalla que era Bentley, no puedo reprochárselo mucho, ¡si no hubiera ocultado lo ocurrido...!

—Pero lo hice—dijo Katherine abrumada.

—¿Hay algo de verdad en ese rumor de que su abuelo fué envenenado?

—De ningún modo — contestó Katherine —. No pensaré que yo...

—Usted es la única que puede saberlo. Mire, Katherine, voy a darle un consejo... si sobre su conciencia no pesa más que lo de Bentley... quédese y afóntelo. Pero si hay algo más que yo desconozca, créame que no agravaría su situación si llegase usted a huir... Esto es todo lo que se me ocurre y no debiera decirselo.

—Bien, señora Bentley, adiós... probablemente no nos volveremos a ver.

Estas últimas palabras, las pronunció Joe lentamente. A pesar suyo le era difícil separarse de Katherine, por la cual empezaba a interesarse.

Efectivamente, a Joe Simons, hombre sincero y de una suspicacia enorme, cuya sagacidad todos reconocían, no dudaba de que se encontraba ante una persona inocente; pero por lo que fuera y además por una serie de circunstancias, aparecía culpable.

Su porte distinguido y de una belleza sin igual, a la par que aquella sombra de misterio que la rodeaba y la simpatía que irradiaba su persona, la hacían simpática y atrayente, y Joe hubiera de buena gana seguido toda la trama de aquella aventura, si bien no podía apartarse de la gestión que se le había confiado.

Simons dejaba por un momento que el detective olvidara en-

contrarse ante una presunta culpable, para dejar asomar por sus ojos al hombre que en un principio se enamoraba de aquella mujer que tan interesante se le había hecho, si bien de vez en cuando un átomo de sospecha aparecía ante sus ojos, pero los de aquella mujer, todo encanto y ternura, le decían que era inocente.

¿Conseguiría no ver en Katherine sólo a una mujer que en apariencia era culpable, o bien el amor vencería el cargo que ostentaba?...

—Yo... quisiera poder ayudarla.

—Gracias—respondió ella.

—Bueno... Uhmmm... Adiós... ¡Buena suerte!

—Adiós, Joe.

Tan pronto como se hubo marchado el detective, Katherine se levantó de la cama y descolgando el auricular del teléfono marcó el número de Ellison Hayes.

Paseábase éste nerviosamente por su dormitorio, cuando sonó el timbre.

—¡Hallo!... ¡Diga!...

—Ellison, soy Katherine—respondió la voz al través del teléfono. Creí mi deber advertirle. Van a abrir el ataúd, pero pase lo que pase, quiero que sepa que no voy a comprometerlo. Puede estar seguro.

—No creo que pueda confiar en nada de lo que prometa ahora. Está usted en libertad de confesar también mi intervención en el hecho.

—No, Ellison, no lo haré—repitió Katherine.

—La única solución que veo es llegar antes que ellos y des-
embarazarse del testimonio.

—¡Oh! ¡No, eso es horrible! No haría más que agravar la situación.

—Quisiera no haberme mezclado en ello, Katherine; pero ahora es lo único que podemos hacer. Yo salgo de aquí inmediatamente y usted se apresura por la salida secreta de que me habló para que pueda ayudarme. Y deprisa, antes de que nos cuelguen a los dos.

—Por favor, Ellison, no intente hacer esto. ¡Le cogerán! Le prometo no mencionarle para nada, aparte de que ya no llegaría a tiempo. Ellison, ¿me oye? No haga nada porque yo ya lo he dicho.

Ellison no contestaba. A través del teléfono sólo podía oírse el tic-tac del reloj.

—¡Contésteme, Ellison! Sé que está aún en el aparato. Oigo su respiración.

La respiración a que aludía Katherine, no era precisamente la de Ellison. Alguien había interceptado la comunicación, enterándose de cuanto habían hablado Katherine y el abogado. Las campanadas que se oyeron por el teléfono eran las del reloj del hall del castillo de Palmor. El misterioso personaje estaba, pues, muy cerca de Katherine.

Esta quiso reanudar la comunicación con Ellison, lo cual no consiguió.

¿Qué había podido ocurrir?

Algo extraordinario se había producido, pues era incomprensible que Ellison dejara el aparato tan de prisa sin atender a sus razonamientos, comprometiéndose más nuevamente.

¿Es que Ellison era el culpable de todo lo ocurrido?

¿Por qué aquella huida tan rápida, sin conseguir ponerse de acuerdo con ella, cuya impremeditación le comprometía aun más de lo que lo estaba?

No concebía cómo a Ellison no se le alcanzaba que su plan era descabellado, y que sólo conseguiría con ella hacer más patente la culpabilidad de ambos.

Partiendo de la base de que Ellison era inocente como ella misma, ¿por qué correr este riesgo que a los ojos de todos les convertirían en dos culpables únicos y exclusivos?

¡Pobre Katherine!

Su vida había sido muy desgraciada.

La poca suerte que acompañó su matrimonio con aquel hombre que la había hecho infeliz para toda su vida. Luego la complicación de este doble asesinato, a la que bien sabía Dios que ella era ajena.

Era indispensable tomar una determinación rápidamente.

No podían ni debían correr este nuevo riesgo. Ella era inocente.

Horrorizada ante la idea de que Ellison pusiera en práctica su plan, salió corriendo para detenerle antes de que llegara al cementerio.

En aquella negra noche, aquellos hombres, con paso cansino y agobiados por diversas ideas fijas, adelantaban en pos de la busca de la solución de tan tórrico misterio.

El viento soplabá, frío y húmedo.

Unos densos nubarrones cubrían la luna, y la escasa luz que proyectaba por aquellos senderos y las sombras de los árboles entremezcladas con las suyas propias, daban un carácter siniestro al cementerio.

La paz y tranquilidad de aquel lugar era interrumpido por los pasos de aquellos hombres, siempre cautelosos y cabizbajos, cuyos pensamientos, aunque algo afines, eran dispares en la solución de aquel tenebroso y enigmático asunto.

¿Qué resultado conseguirían con abrir el féretro del viejo Grissly Palmor?

¿Encontrarían la llave de aquel misterio?...

Y, sobre todo, ¿hallarían allí alguna huella que les pudiera orientar con certeza para la solución de aquel misterioso crimen?...

Entretanto, Adams, habiendo hecho las diligencias necesarias, dirigióse con el médico forense al cementerio.

Cumpliendo órdenes del Comisario, unos obreros levantaban la losa que guardaba los restos de Grissly Palmor.

—Va a ser muy laborioso subir esa caja tan pesada—observó Adams.

—Sí, y aquí no hay forma de ver nada—dijo uno de los obreros. Creo que Henry ha roto la tapa. Alumbren un poco más.

—¡Válgame el cielo!—exclamó horrorizado el llamado Henry—. Ahí dentro se ven dos cuerpos. Dejenme salir de aquí.

Adams y todos los presentes a aquel desagradable acto, quedaron atónitos ante tal descubrimiento. Y mucho más se sorprendieron al comprobar por la autopsia que era cierto cuanto se decía

en el anónimo recibido por el Comisario, respecto al envenenamiento del viejo Grissly Palmor.

—Voy a dejar la profesión. Es lo que debía de haber hecho —exclamó el doctor Renny—. Cualquiera interno de primer año conoce los efectos del arsénico con sólo ver al enfermo... y yo... aferrado en que Grissly se moría de tanto beber.

—Bueno, no exagere. Efectivamente, bebía demasiado.

—Sí, Adams, pero fué el arsénico lo que aceleró su muerte. Y yo que no cesaba de insistirle en que tenía que dejarle... me fastidiaba subir hasta allí. Le dije que se buscara otro médico, ¿Si lo hubiera hecho!...

—Ya no tiene remedio, Renny. Hizo usted cuanto pudo. Ahora me toca a mí.

Joe, que había llegado al cementerio un poco después de practicada la autopsia, preguntó:

—¿Va usted a detener a la señora Bentley?

—No lo haría usted —le dijo Adams.

—Sí, así lo creo. No queda otra solución.

—Jamás hubiera imaginado que Katherine hiciera cosa semejante —lamentábase el doctor—. Yo la conocía de toda la vida y hubiera apostado a que no era capaz de matar una mosca y vea usted cómo ha asesinado a dos personas. ¿Quién entiende a las mujeres?

—¡Nadie! —respondió Adams—. Bueno, señor Simmons. Gracias por su ayuda. Supongo que aunque ha localizado ya a su hombre no irá usted a dejarnos.

—Sí —respondió éste—. Mi misión ha terminado. ¿Va usted a detener a la señora Bentley esta noche?

—No, prepare la orden de arresto y mañana es lo primero que tengo que hacer. No va a ser muy agradable para mí. Adiós, señor Simmons. ¿Viene usted, doctor?

—Sí —respondió éste—. Voy con usted.

Al separarse del doctor y Adams, Joe dirigióse de nuevo al castillo.

A las insistentes llamadas de éste, acudió el portero de la casa Palmor, exclamando malhumorado por la intempestiva visita:

—¡No tenga tanta prisa, ya voy! ¿Qué es lo que quiere a estas horas de la noche?

—¿Qué se figura que puedo querer ahora? Por lo pronto, que abra y rápido. ¿Estará durmiendo la señora Bentley?

—Es de las cosas que yo no sé—dijo el portero.

—¡Oh! Quiero decir... que no habrá salido, ¿verdad?—siguió preguntando Joe.

—¿A estas horas? No, regresó al anochecer y no la he vuelto a ver.

Quedó Joe Simmons bastante desconcertado.

¿Por qué habría salido de noche y en aquel estado la bella Katherine?

¿No la había dicho él que no se moviera de casa hasta tener noticias suyas? ¿Por qué, entonces, no estaba en casa y, sobre todo, cómo era posible que el portero no la hubiera visto salir? En vano recorrió todas las habitaciones, llamándola sin cesar, sin conseguir rastro alguno de ella. ¿Y si alguien la hubiera ido a buscar? No concebía, en modo alguno, qué complicación podía haber ocurrido nuevamente en aquel dichoso asunto, de por sí ya bastante complicado.

Encendió su pipa, y después de meditarlo tomó una determinación.

Al no encontrar a Katherine en la casa, y no habiéndola visto el portero salir, supuso Joe que habría utilizado la salida secreta.

Preocupado por lo que pudiera ocurrirle, dirigióse inmediatamente al barranco.

Al fondo del jardín había una gran espesura de árboles de todas clases que convertía aquel lúgubre paraje en un verdadero bosque.

Si bien había algún trozo de una empalizada que resguardaba los linderos del bosque de la finca del viejo Grissly, había varios salientes, que eran los mismos arbustos y árboles diversos que hacían las veces de valla.

Entre rocas y acantilados desfilábase una parte de aquel solitario lugar, el cual no era precisamente atrayente, sino que lo hacía desagradable y antipático.

Por la parte extrema de aquel recinto había un barranco, al pie del cual pasaban unas aguas que, procedente de aquellas montañas, iban a desembocar en el mar. Aguas turbias, sucias, desagradables.

La altura de aquel barranco era de consideración, y desgraciado del infeliz que se hubiera precipitado por él, que no hubiera tenido salvación posible.

Joe, jadeante y dando grandes voces, recorrió todo el jardín hasta llegar al fondo de aquel sendero, que le conduciría a donde suponía encontraría a la desdichada Katherine.

Aquella infeliz que había conseguido hacerse interesante, pero que, por desgracia, no veía la posibilidad de hacer resplandecer su inocencia.

—¡Katherine!—llamaba a voz en grito el joven Joe...

«Katherine», le respondía el eco de aquella noche lúgubre. Por fin creyó oír algo en aquella noche fría y desagradable...

Al acercarse, le pareció que oía gemidos de angustia. Suponiendo que Katherine podía hallarse en peligro, aceleró el paso.

Extrañado al no verla por ninguna parte, la llamó a grandes voces:

—¡Katherine... Katherine!

Afortunadamente llegó a tiempo. Se hallaba Katherine en una situación tan crítica, que de retrasarse Joe unos minutos hubiera caído al fondo del barranco. Empezaban a faltarle las energías para seguir sujetándose a unas rocas salientes que, por otra parte, amenazaban desprenderse. El peligro era inminente.

—¡Corra, Joe, por favor, corra! Por aquí, cerca del árbol—gritaba angustiada Katherine.

Joe, no encontrando otro medio, tuvo que utilizar su americana para intentar salvar a Katherine de aquel trance. Se la echó para que, sujetándose a ella, pudiera la muchacha alcanzar el borde del abismo y pisar tierra firme.

—Pase las manos por la lazada. ¿Lo cogió, Katie?

—Sí—respondió ésta.

—¿Está segura de poder sostenerse?

—Lo intentaré. ¡Deprisa, Joe!

Con un supremo esfuerzo y la ayuda de Joe, pudo Katherine ponerse a salvo. Unos instantes después, desprendiéndose las rocas, produciendo un terrible estruendo.

Temblorosa, refugióse en los brazos de Joe, quien la acogió emocionado, olvidándose de todo y pensando únicamente en que la tenía junto a sí.

—Ya está a salvo, querida. ¡Tranquilícese!

—Si no llega usted a venir... ¡Oh, si no es por usted! Pasó un rato horrible, Joe. No puede usted imaginarse los pensamientos que han pasado por mí en estos momentos tan angustiosos. De noche y en este lugar que tantas cosas me recuerda... La proximidad del cementerio me hacía horrorizar. Me parecía notar cerca de mí el espíritu de Lewis que venía de nuevo amenazador. ¡Fue terrible, Joe!

—¡Pobrecita! Comprendo lo que usted ha sentido y créame que lo lamento. Ya le había dicho que ese árbol no ofrecía seguridad. No debía haber intentado cruzar por ahí.

—¡Pero si yo no pasé! Alguien me siguió todo el camino. Aquí mismo vi una sombra y me empujaron.

—¿Quién pudo haber sido?—preguntó Joe intrigado.

—¡No lo sé!

Mientras departían, y apoyándose ella en el brazo de Joe, fueron llegando a su estancia, y allí dejóse caer en un sofá, pues se hallaba rendida y el miedo le dominaba por completo.

Joe la estaba contemplando, queriendo vencer definitivamente las dudas que le asaltaban, pues su pensamiento y sus deseos más fervientes eran que aquella mujer fuese inocente.

Con toda el alma él la hubiera ayudado, pero precisaba poder saber quién era el asesino, única manera de demostrar la inocencia de aquella mujer que tan hondo se le había adentrado en su ser.

Joe deseaba conseguir de ella una confesión sincera, terminante, para quedar libre de aquella sospecha que le atenazaba su mente.

Su corazón decía que conseguiría resplandecer la verdad... Pero una duda quedaba aún en su pensamiento.

Para él Katherine era una desdichada, una mujer con poca suerte, que si bien la vida le sonreía, la fatalidad quería cobrar con creces la dicha que, más tarde o más temprano, la haría feliz para siempre.

—¿Sabía alguien que iba usted a escapar?

—¿Escaparme? ¿De qué?—dijo extrañada la muchacha.

—Katherine, esta noche se levantó la sepultura.

—Me alegro de que lo hicieran antes de que alguien se adelantase.

—Y se ha hecho la autopsia—prosiguió Joe sin hacer caso de la interrupción.

—¿Entonces, ya terminó todo?

—Sí, Adams estará en su casa a primera hora de la mañana con la orden de su detención.

—¿De mi detención?

—Sí, Katherine, y no sé por qué, pero me duele el ver la terrible acusación que pesa sobre usted. Quiero ayudarla.

—Muchas gracias, Joe—respondió secamente Katherine, dolida de que también éste la creyera culpable.

—Me avergüenza reconocerlo, pero así es. Me preocupa lo que pueda sucederle a una mujer que ha sido capaz de obrar como usted. Lo de Bentley aun lo puedo comprender y olvidarlo, pero su abuelo... es algo que no concibo. Envenenar a un pobre viejo que confiaba en usted...

—¿Quiere decir que fué envenenado?—exclamó Katherine.

—Conmigo no tiene que fingir.

—¡Oh! Por favor, Joe—dijo amargamente Katherine—. Bien está que los demás lo crean, pero usted no. Usted no puede creerlo. Usted que ha demostrado ser mi amigo, no puede acusarme de hecho semejante. ¡Ni he envenenado a nadie, ni soy una criminal! Lo único que hice fué ocultar algo de que no era culpable.

—Entonces, ¿por qué trataba de huir?

—Yo no huía. ¡Ya se lo he dicho!—repitió Katherine—. Esta vez no ha demostrado usted tener mucha pericia, Joe. ¿No com-

prende que alguien asesinó a mi abuelo y ahora, quienquiera que fuese, intenta matarme a mí también?

—Katherine, ¿de verdad que usted no lo hizo?

—No, Joe. Se lo prometo.

—No sabría decirle por qué, pero de repente me siento feliz. La creo, Katherine.

—Yo me siento espantada. Usted no puede imaginar qué es saber que alguien intenta asesinarle.

—No se atormenta por eso—dijo Joe, animándola—. Mi oficio es atrapar criminales, y en la captura de éste voy a tener gran placer.

Katherine le tendió su mano que él cogió con emoción. Pasó por su mente estampar un beso en aquella mano fina, pero temblorosa y casi yerta, pero no quiso interrumpir aquella escena con otra de diferente carácter y que, a más de no ser muy adecuada, resultaría luego motivo para una explicación... Tiempo habría para ello. Ella era inocente.

Quedóse Katherine perpleja, pues en las palabras de Joe advino que no era sólo el deber profesional que le impulsaba a buscar el culpable, sino que otro motivo podía más que aquél. ¿Sería el amor? Algo tarde era para ella tal emoción, pero bien podía ser ésta la vez primera para sus desdichas.

EN BUSCA DEL ASESINO

De acuerdo con el plan que Joe se había formado para la captura del verdadero asesino, hicieron creer que Katherine había perdido el sentido en su aventura nocturna, al ser empujada para lanzarla al barranco, sin haberlo aún recuperado. Siguiendo la comedia, avisaron al doctor Henry, que acudió presuroso al castillo de Palmor. Extrañado éste de que aun continuase la muchacha en este estado, dijo:

—Si tiene alguna fractura, mejor haríamos en llevarla al hospital.

—No creo que sea necesario—respondió Joe.

—Pues si lleva inconsciente tanto tiempo, es señal de que tiene lesiones interiores.

Diciendo esto, el doctor entró con Joe en el dormitorio de Katherine. Sorprendiéndose de hallarla despierta y en actitud sonriente.

—¡Cómo, Katherine, me dijeron que estaba usted sin sentido!

—Esto tiene su explicación—declaró Joe—. Se lo he dicho sólo para despistar.

—Vamos, ¿qué significa esto?—dijo extrañado el doctor Henry—. Están tratando de retrasar la detención, ¿no es cierto?

—Pues sí... Pero tenemos también otro motivo.

—¿Otro motivo?—preguntó intrigado el doctor.

—Queremos coger al asesino en la trampa. Katie es el anzuelo.

—¿El asesino? ¡Oh, no comprendo!

—Sí, doctor Renny—exclamó Katherine—. A usted le debe constar que yo no hice tal cosa. Joe me ha creído y es un extraño para mí... Al menos lo era. ¿No es verdad, Joe?—le dijo a éste sonriéndole tiernamente.

—Sí. Le doy mi palabra... como policía, doctor. El criminal lo preparó bien para culpar a Katherine y anoche intentó hacerla aparecer como presunta suicida.

—¿Es cierto que quisieron arrojarla por el barranco?—preguntó el doctor.

—Sí, es cierto—respondió Katherine.

—He pasado malos ratos creyendo que era usted; me parecía mentira, Katherine. La conozco de hace tantos años... que siento por usted un verdadero afecto.

—Lo sabemos, doctor—exclamó Joe—, y ésta es la razón de haberle llamado. Usted nos ayudará, ¿verdad?

—Oh, sí... si pudiera... Pero... ¿cómo?

—Llame a Adams por teléfono—sugirió Joe—. Dígale que Katherine no estará en condiciones de hablar hasta mañana por la mañana. Haga de manera que crea que estará sola casi todo el tiempo, y que está inconsciente. En un par de horas lo sabrá toda la ciudad.

—Pero, entonces... el asesino se enterará también—dijo el doctor sin llegar a comprender lo que se proponía Simmons.

—Bien. Eso es lo que queremos. Sabrá que sólo le queda una noche para terminar su trabajo... Esta noche, precisamente.

El doctor hizo lo que Joe le había indicado. Pronto cundió la noticia de la aventura.

Los mas daban por resuelto aquel asunto, y veían en la pobre Katherine a la culpable, y daban como explicación a aquel retraso, suponiendo que era una coartada para huir o preparar algún nuevo golpe teatral.

Elison Hayes estaba intranquilo. Vela que la situación se

había complicado, y el feliz resultado que él se había trazado se le escapaba de la mano.

Fred Palmor y su esposa no comprendían nada de lo que ocurría y procuraban no intervenir en el asunto, pues deseaban estar alejados de toda sospecha.

Lo mismo ocurría con doña Leonor y su hija. La primera, si bien se hacía eco de lo que iba ocurriendo, en apariencia no deseaba entrometarse en nada, y su hija, sólo por el morboso placer de ver complicada a su prima, seguía con interés los incidentes de aquel crimen misterioso y sin solución.

Mattie, la ama de llaves, los demás criados, el viejo portero mismo, todos estaban sobrecogidos de terror ante tales desventuras, sin atinar a quién o quienes pudieran ser los culpables de tan abominable crimen.

Entretanto, Katherine se hallaba en su habitación sin más compañía que la de Joe. Como es natural, a la pobre muchacha le invadía el miedo al saber que el asesino estaba al acecho para aprovechar cualquier descuido. Mientras Joe estaba a su lado, sintiéndose protegida por él, se tranquilizaba, pero cuando éste se alejaba, volvía de nuevo a sentirse dominada por una angustia terrible. Su nerviosismo no la dejaba dormir, y si lo hacía, al despertarse le parecía que se hallaba sola, que todos la habían abandonado. En uno de estos momentos, creyó que también Joe habíase marchado.

—¡Joe! ¡Joe!—gritó desesperadamente.

Esto, que se hallaba en la habitación contigua, acudió a ella inmediatamente.

—¿Qué le ocurre, Katherine?

—¡Oh! Creí que se había usted marchado.

—No temas, querida; ya sabe que no la abandono. Estaba en la otra habitación.

—Sí, Joe. Ya sé que me porto como una chiquilla, pero no puedo remediarlo. Tengo mucho miedo.

—Confíe en mí, pronto terminará todo y empezará para usted una era feliz.

—Cree que no podré soportarlo mucho tiempo. ¿Qué hora es?

—Casi las once. Habrá que preparar ya la ratonera. Será mejor que vuelvas al gabinete.

A los pocos minutos de haber salido Joe de la habitación, le llamó de nuevo Katherine.

—¡Joe!

—¿Qué hay?

—Me agradería mucho más que se quedara aquí en la habitación. Teniéndole cerca de mí, creo que nada malo puede ocurrirme. ¿Por qué no se esconde usted detrás de aquel biombo?

—Está bien—respondió Joe complaciente—. Si eso le hace estar más tranquila...

Joe no ocultaba ya los sentimientos que Katherine le inspiraba. Acercóse a ella. Con ternura y deseando infundirle confianza, tomó entre las suyas las manos de Katherine.

—¡Pobrecilla! Me da pena verle las manos tan lastimadas. ¿Le duele mucho?

—Sí—respondió Katherine—. Un poquito.

—Las cortis fueron muy profundos. No sé ni cómo pudo sostenerse, teniendo las manos así.

—Me lo hice en el último momento, con los cristales rotos de sus gafas.

—¿Mis gafas, dice?—preguntó extrañado Joe.

—Sí—contestó Katherine—. Deblaron caérmele del bolsillo, y las pisaría cuando estaba tirando de mí. ¿No las ha hechado de menos?

—¡Pero si yo no uso gafas!—dijo Joe.

—¿Ni para leer?

—No, nunca las he usado.

—Pues yo las vi allí. Había cristales y irrozos rotos de la armadura.

—Oh, Katherine, serían las gafas del asesino!

—Sí, claro, no hay duda.

—Elleen las usa, ¿verdad?—exclamó de pronto Joe.

Con lo que Katherine le había contado, empezó a sospechar del abogado.

—Sí, pero solamente para leer—le respondió Katherine.

—Probablemente las tenía en el bolsillo de la chaqueta y se le cayeron. El sabía que usted iba allí. Todo concuerda.

—¿Ellison? Pero, ¿por qué? ¿Qué motivo podía tener para hacerlo?

Katherine, si bien días antes no había dado su consentimiento a Ellison para acariciar una esperanza, no le habían disgustado sus maneras y prestancia de aquel hombre que tanto, al parecer, se había interesado por ella. Pero, en vista de los acontecimientos, empezaba a dudar de tal pretendiente, por las causas que determinaban su situación.

Joe tenía quizá una idea más concreta del abogado, y empezaba a dudar de él. Claro que también influía el amor que sentía por ella.

¿Se engañaría?... ¡Quién lo sabe!

—Pues es muy sencillo—dijo Joe—. Primero pensó que le sería fácil casarse con usted, y así hacerse dueño del dinero, convirtiéndolo a Grissly para que nombrase a usted su heredera. El envenenar a su abuelo entraba también en sus cálculos ambiciosos. Después, cuando le rechazó y supo que iba a hablar a la policía, planeó desembarazarse de usted.

—¡Oh!, pero eso es terrible, Joe.

—Sí, realmente lo es. Si yo pudiera encontrar esos restos de los cristales y la armadura y llevarlos al oculista, éste podría demostrar que eran de Ellison.

—Eso es fácil—exclamó Katherine—. Sólo hay un oculista en la ciudad. Es Ted Leslie. Vive encima de su despacho.

—Ahora mismo voy al barranco en busca del resto de las gafas. Pero... no puedo dejarla sola tanto tiempo, Ellison puede estar muy cerca.

De pronto exclamó Joe:

—¡Tengo una idea! Le sorprenderemos. ¿Cuál es su número de teléfono?

—Siete, nueve, uno.

Joe cogió el teléfono y marcó el número que le había indicado Katherine. Seguidamente respondió la voz de Ellison.

—¿Diga?

—¿Señor Halles? Le habla Simmons. Quisiera ir a su casa para hablarle unos minutos. Quiero hacerle dos preguntas.

—Yo... lo siento. Precisamente iba a salir— respondió el abogado.

—Le agradecería que me esperase. No tardaré.

—Bien. De acuerdo... Le aguardaré a usted diez minutos, señor Simmons.

Seguro ya de que Ellison no se acercaría en aquellos momentos por el castillo, decidió a marchar.

—Ahora descanse, querida—dijo dirigiéndose a Katherine—. Yo estaré de vuelta inmediatamente. Mandaré a Mattie para que la acompañe.

—Está bien, Joe. Como usted quiera.

Bajó Joe al «halla», y no encontrando a la sirvienta, la llamó:

—¡Mattie!... ¡Mattie!...

En lugar de Mattie apareció tía Leonor, que, con su amabilidad acostumbrada, informó a Joe:

—Mattie ha ido a la ciudad, señor Simmons. Me llamó para que me quedara con Katherine.

—¡Oh! Es usted muy amable—dijo Joe—. Váyase arriba y no la deje sola, ¿eh?

—No, naturalmente—respondió Leonor—. Yo pensaba que si volvía en sí durante la noche podía darle un poco de sopa caliente que la reanimase.

—Yo creo que volverá en sí en cuanto le diga: «Ha dicho Joe que te sientes y que tomes la sopita.»

—Pero si dijo el doctor Renny que estaría inconsciente hasta mañana—dijo extrañada Leonor.

—No le preocupe esto. Usted hablele como le he dicho.

Leonor, sin comprender el significado de lo que acababa de decirle Joe, siguió su consejo.

Al entrar en la habitación de Katherine, acercósele y le dijo quedamente:

—¡Katie! Me ha dicho Joe que te sientes y tomes una sopita.

Con agilidad sentóse la muchacha en la cama, y con un mohín gracioso dijo:

—A tus órdenes, tilita.

—Pero, ¡chiquilla! ¿No estabas sin sentido?

—¡Ja... ja!...—rióse Katherine—. No, tía; lo que estoy es hambrienta.

—No comprendo...

—Ni lo intentes, tía Leonor. Es muy complicado. Me basta con que creas que no he hecho nada vituperable y que todo esto es la trampa para coger a un criminal.

—Decían que cuando despertases descubrirías al que te había empujado. ¿Es esa la trampa?

—Sí. Y todo era mentira—dijo Katherine—. Entonces, yo no sabía quién fue.

—¿Y lo sabes ahora?—dijo Leonor con tono misterioso.

—Parecía que sabía más del asunto de lo que quería dar a entender.

—¡Hum!... Joe ha ido a cerciorarse. Tía Leonor, te vas a quedar de piedra cuando sepas quién es.

—¿Soy yo acaso?—le dijo irónicamente ésta—. Bueno, querida, voy a traerte la sopa.

A los pocos momentos volvió tía Leonor con la sopa prometida. Katherine, influenciada por el optimismo de Joe, se las tomó con gran apetito.

—Estaba muy buena, tía Leonor. Ahora quisiera dormir... Tengo un sueño...

—Descanza, pues, querida. Duermes un poco y yo me quedaré contigo—le dijo acercándosele para arreglarle las ropas de la cama.

Katherine se la quedó mirando fijamente:

—¡Oh, tía Leonor, qué cambiada estás! Tus ojos me parecen enormes. ¡Hum!... ¡Oh, abuelita, qué ojos tan grandes tienes!... ¡Ja... ja!...—rióse Katherine—. ¡Oh, tilita, me has hecho recordar al lobo feroz.

—Es que llevo las gafas de coser. Tienen unos cristales muy gruesos. ¿verdad? Perdi las otras anoche y no puedo figurarme dónde.

Katherine, medio dormida ya, dijo:

—¿Has perdido las gafas?... ¡Lástima! No hacen más que perderse gafas... Yo también me corté la mano con las gafas de alguien.

—¿Que te has cortado con los cristales anoche?

—Sí, tía Leonor. ¿Quieres decir a Mattie que suba un momento?

—Mattie y el joven Tom fueron a la ciudad a un encargo. El señor Simmons se ha ido también. Estamos solas tú y yo—dijo Leonor, cuyo semblante iba transformando paulatinamente. Ya no era aquella mujer de apariencia bondadosa que a todos había inspirado confianza. Su mirada volvíase dura y su sonrisa diabólica.

—Tía Leonor...—le dijo Katherine con gran esfuerzo.

—¿Qué quieres?

—Márchate. Haz el favor... Me da miedo... No me mires así... Estás extraña... Tía Leonor... muy extraña... ¡Márchate!...

—No, no debo irme.

—¡Oh!... Creo que me dormiría si me dejaras sola.

—Te dormirás, Katherine—dijo irónicamente—. Vas a dormir mucho, mucho tiempo. Quiero que sueñes tranquila, saboreando el caldo tan rico que te ha traído tu tía... No disimules. Me doy cuenta de que lo sabes. Yo que creía haber estado en todos los detalles. Me quité las gafas para que no se rompieran en caso de lucha. Nunca supuse que fueran a caerse en el pañuelo.

Katherine, a pesar de su estado semiconsciente, se daba cuenta de cuanto decía su tía. Horrorizada, exclamó:

—¡Tú!... ¿Fuiste tú?

—No quise llegar a tanto—prosiguió Leonor—. Pero me vi obligada. En realidad, no me preocupaba mucho envenenar a Grissly. Se moría de todos modos. Apresuré su muerte porque quería que Manibel disfrutara del dinero mientras era joven y bella. ¡Oh! Es tan hermosa... Merece todo lo de esta vida. Ansíaba verla lejos de este poblacho polvoriento y con el mundo a sus pies. La herencia pondría todo a su alcance... Entonces, Grissly se enteró de nuestros proyectos y modificó el testamento,

dejándotelo todo a ti... A ti, que ni lo querías ni lo necesitabas. Si ni siquiera pensabas marcharte de aquí... ¡Ja, ja!... Jamás imaginarías que la insignificante tía Leonor fuera capaz de un plan como éste, ¿verdad? Tú no recordabas que me contaste las escapatorias que hacías por el árbol del barranco para encontrarte con Lewis... ¡Lo utilicé noche tras noche!... Rondaba por la casa y logré mis propósitos... ¡Mezclé el veneno en la bebida!... Volví para cerciorarme de que se aproximaba el desenlace. Estaba aquí cuando llegó Lewis; presencié cómo el abuelo le disparó. Vi morir a Grissly... ¡Por fin!... Cuando Ellison leyó el testamento, vi que se presentaba otro obstáculo para que Maribel pudiera ser libre. ¡Tenía que deshacerme de ti! Ellison facilitó mi proyecto de hacerte aparecer culpable. Es un traidor. ¡Quiso perderte! Lo que buscaba es que te acusaras tú misma yendo esa noche al cementerio. Te habrían sorprendido los que él sabía que estaban allí. Yo me enteré de todo. Era la persona cuya respiración oíste a través del teléfono. Y te seguí... No quería llegar a eso, Katherine, y lo siento, como lamento lo de ahora. Todo lo hice por Maribel. No quiero hacerte sufrir, Katherine... No me gustaría causarte daño. Tomaré yo también alguna de estas pastillas. Cuando vuelva Simmons me encontrará durmiendo como narcotizada, y tú dormirás... ¡con el sueño de la muerte!

Tía Leonor habíase convertido en otra mujer. Su semblante, a menudo tan respetuoso y sincero, parecía sombrío; poco a poco, volvíase livido, con un rictus de misterio.

Parecía otra mujer.

Al verla, daba la sensación de que un misterio obscurecía su conciencia y quería alejar pensamientos sombríos y téticos. No era la misma. Había un contraste con la persona que antes conocimos, buena madre y vulgar en todos sus actos, si bien por su porte y amabilidad no daba entender las miradas lóbregas que ahora proyectaban sus ojos vidriosos y torbos.

Katherine no cesaba de mirársela y se le antojaba otra persona.

No acertaba a comprender cómo su tía podía haberla engañado, pues la tenía por honrada y sin ánimos de perjudicar a

radio, incapaz de tener un átomo de mala idea para con sus familiares ni ninguna otra persona.

Se había engañado.

Fuerza le costaba creerlo, pero un rayo de luz le hizo ver que se había engañado al creer a su tía incapaz de una mala acción.

Las dos mujeres, frente a frente, parecían la serpiente y su víctima, presta a saltar sobre su presa para librarse de una vez de otra posible acusación contra ella.

Si el fin justifica los medios, aquella hazaña debía ser el postrer esfuerzo que debía realizar: arrollarlo todo para conseguir sus fines morbosos y crueles. No iba a detenerse ante un crimen más.

Mientras Leonor llevaba a cabo su plan criminal y de demente, Joe, que no sospechaba haber dejado a Katherine en manos del asesino que él pretendía descubrir, salió, como había dicho, en busca de los restos de las gafas que seguramente estarían aún al borde del barranco. No obstante, no llevó a cabo su propósito. Al llamar al portero para que le abriera la verja, éste le preguntó:

—¿Adónde tan deprisa? ¿Está peor la señora Bentley? ¿No estará sola, verdad? Mattie y el joven Tom se marcharon hace rato.

—No, no está sola—respondió Joe—. La acompaña su tía Leonor.

—¿Su tía Leonor?—dijo extrañado el portero... ¡Vaya! ¿Pues cuándo ha venido Leonor Palmor?... Hum... Me estoy volviendo viejo. No puedo recordar haberla visto entrar.

Estas palabras hicieron comprender a Joe que no necesitaba salir del castillo para poder atrapar al verdadero culpable. Si el portero no había visto a tía Leonor, era porque ésta debió entrar utilizando el árbol del barranco. Volvió inmediatamente al castillo y desde allí avisó por teléfono al doctor Renny y al comisario Adams, que acudieron enseguida. Llegando a tiempo de escuchar, desde la habitación contigua a la de Katherine, todo el interesante relato de Leonor Palmor, que no sospechaba estar dictando ella misma su sentencia.

Entraron en la habitación en el preciso instante en que Leonor intentaba tomarse la dosis de narcótico, y al verlos, aprovechando que ellos dirigieron su principal atención a Katherine, huyó precipitadamente.

El doctor reconoció seguidamente a Katherine.

—¿Cómo está, doctor?—le preguntó ansiosamente Joe.

—Ignoro la dosis que ha tomado. Pero no parece grave.

—Habló de narcótico. ¿Qué hace usted en estos casos?—inquirió Joe.

—Café puro y mantenerla de pie.

—Voy por el café. Leonor ha huido—continuó el doctor.

—¡Déjala! Adams está ahí fuera. Lo único que debe preocuparnos es nuestra querida Katherine—dijo Joe con inquietud, y dirigiéndose a ella cariñosamente, le dijo:

—¡Katherine!... ¡Katherine!... ¡Katie! Despierta, nena. Ya ha pasado todo. Estás a salvo. La trampa funcionó. No como pensábamos, pero funcionó.

* * *

Adams, entretanto, con uno de sus ayudantes salió en busca de Leonor.

—Se va hacia el barranco—dijo.

—¡No puede escapar, señor Adams! ¿Por dónde lo haría?

—Simmons dice que hay un paso por alguna parte. Quisiera saber el sitio.

—¡Leonor! ¡Leonor!... ¡Deténgase!—le gritó Adams, al ver que ésta se proponía cruzar el barranco.

El ayudante del comisario intentó seguirla, y éste le detuvo, diciéndole:

—No, no lo haga usted. El árbol se derrumbaría con su peso. Mejor es que demos la vuelta para cogerla en el cementerio.

Un grito desgarrador cortó la frase del Comisario. El árbol cedía al peso de Leonor y ésta, asida fuertemente a sus ramas, se precipitó en el fondo del abismo.

—¡Pobre mujer! Al fin ha pagado los crímenes que el amor

que sentía por su hija le hizo cometer—exclamó Adams, dirigiéndose nuevamente hacia el castillo.

Allí se encontró con sus amigos que le esperaban ansiosamente: Katherine, que al parecer había tomado muy poca dosis de veneno, había vuelto en sí.

Les contó Adams el trágico fin de Leonor, y a pesar de sus crímenes, se compadecieron todos de aquella pobre mujer, transformada por el amor a su hija.

—Era como un demonio, ¿verdad? Se me helaba la sangre al oírlo—dijo Joe.

—Suerte que pudimos escucharla—agregó el doctor.

—Sí, es verdad. De no ser por el portero, aun estaría yo persiguiendo a Ellison Hayes.

—Al fin nos veremos libres de él también. Estaba deseando tener otro abogado. Iré por un poco más de café. ¿Viene usted, Adams?

—Sí. Vámonos, doctor.

Comprendiendo que Katherine y Joe tendrían muchas cosas que decirse, se marcharon los dos amigos, no sin antes dirigirse una mirada a la vez picaresca y de complicidad.

Al quedarse solos, Joe tomó a Katherine en sus brazos cariñosamente.

—Vamos, despierta, dormilona. Hace un día maravilloso.

—Sí, es un día maravilloso para nosotros, ¿verdad, Joe?—le dijo mirándole dulcemente.

FIN

No deje usted de coleccionar los

CANCIONEROS de JORGE NEGRETE

<i>Canciones mexicanas</i>	1'— peseta
JORGE NEGRETE «Selecciones»	1'— »
<i>Craclones de JORGE NEGRETE</i>	1'30 »
JORGE NEGRETE y AMANDA LEDESMA	1'30 »
JORGE NEGRETE sus nuevos éxitos.	1'50 »

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata . . . Charles Collins
 Melodía de Broadway . . Robert Taylor
 Agueta de amor . . . Gené Raymond
 Máscara Fieramosca . . . Gino Cervi
 Sepultada en vida . . . A. Nazari
 Aventureros Pompadour . . Kate de Nagi

Melodía rosa . . . Billy Bergel
 Cupido sin memoria . . Ann Sothern
 María Ilona . . . Paula Wassyly
 El caso Vare . . . Clive Brook
 Quimera de Hollywood . . Joan Fontaine
 Los tres vagabundos . . Heinz Ruhmarf

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú, Toonay de los
 alufantes . . . Sabú
 Tú cambiarás de vida . . M. Redgrave
 Las dos niñas de París . . C. Barchon
 ¿Es mi hijo? . . . Lil Dagover
 La última avanzada . . Cary Grant
 Vacaciones juca Harvey . . Mickey Rooney
 Margarita Gautier . . . Greta Garbo y
 Robert Taylor
 Mortal sugestión . . . Ann Harding
 Una chica insuperable . . Danielle Darrieux
 Bajo manto de la noche . . Edmund Lowe
 Alarma en el expreso . . M. Redgrave
 Crimen de medianoche . . Ramón Pereda
 El signo de la Cruz . . Fredric March
 El asesino invisible . . Walter Abel
 Los dos pilotes . . . Jacques Tati
 Pygmalion . . . Leslie Howard
 María Estuarda . . . Kath. Hepburn
 Cuidado con lo q. haces
 Por la fama y el honor . . Paul Lukas
 El día que me quieras . . Carlos Gardel
 El pequeño lord . . . F. Bartholomew
 Terzán de las fieras . . Buster Crabbe
 Albergue nocturno . . . Greta Gynn
 El misterio de Villa Rosa . . Judy Kelly
 Acusada . . . Dolores del Río
 Forja de hombres . . . Mickey Rooney
 La perfieta millonaria . . Gené Raymond
 Los peligras de la gloria . . James Cagney
 La bola rebeldía . . . Ann Sothern

Buscando fama . . . Don Ameche
 Una mujer imposible . . Jenny Jugo
 El hombre del Níger . . Victor Francen
 Extratos en luna de miel . . Hugh Sinclair
 Andrés Harvey Tenorio . . Mickey Rooney
 Fruto dorado . . . Clark Gable
 El secreto del marqués . . Armando Falcón
 Irani . . . Ana Naegele
 Una hora en blanco . . Franchot Tone
 La batalla . . . Charles Boyer
 La familia Robinson . . Fr. Bartholomew
 La muj. de las dos caras . . Greta Garbo
 Luna Ilona . . . Jean MacDonall
 La hora radiante . . . Joan Crawford
 Cuando el amor encuent. . . Malvyn Douglas
 El rapto de Laura . . . Joan Fontaine
 Una chica se divierte . . Jean Arthur
 Una mujer endiablada . . Lupu Vălez
 El club 400 . . . George Murphy
 La vuelta del rano . . . Gordon Barker
 El gran jefe . . . V. Mac Laglen
 Cuando los hijos se van . . Fernando Soler
 Otra vez más . . . Ronald Colman
 Juventud ambiciosa . . William Holden
 El sospechoso . . . Charles Laughton
 Matrimonio de inconve-
 niencia . . . Diana Barrimore
 Una chica afortunada . . Jean Arthur
 La dama del tren . . . Diana Quirby
 Documento Z 3 . . . Iva Miranda
 Zaza . . . Claudette Colbert

3 pesetas

Olivia . . . Kat. Hepburn
 El duque de West Point . . Joan Fontaine
 El nuevo amor . . . John Carroll
 Rutas infernales . . . John Wayne

Hombres intrépidos . . John Wayne
 Kit Carson . . . John Hall
 La ruta del este . . . Frank Edwards
 ¿Crimen o suicidio? . . Paul Kelly

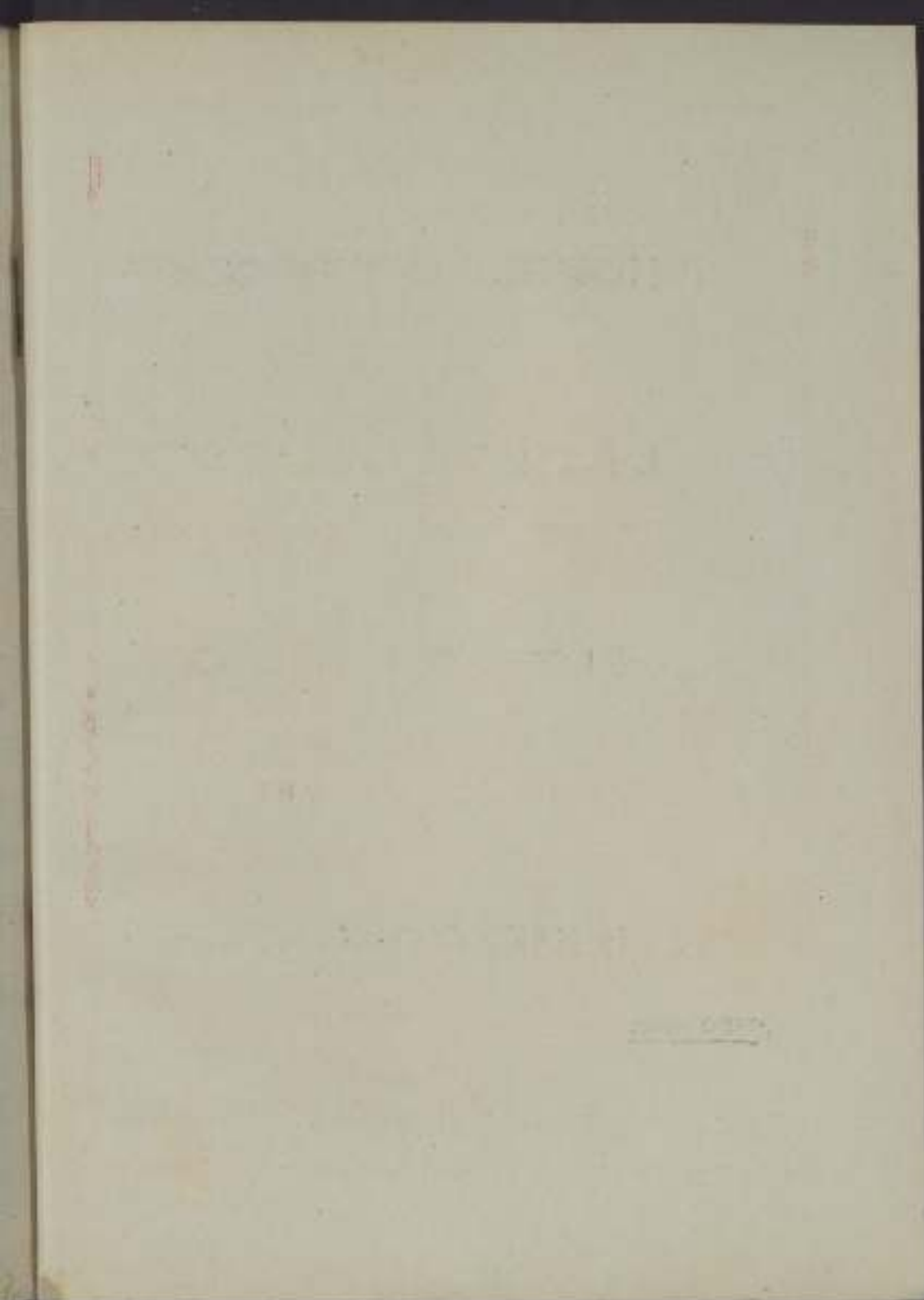
SERIE ESPECIAL

3,50 ptas.

Cuando quiero un meji-
 con . . . Jorge Negrete
 Así se quiere en Jalisco . . Jorge Negrete
 Diego Banderas . . . Jorge Negrete
 Perjur . . . Jorge Negrete
 Jorge Negrete: Biografía «Genio y Figura»

La cámara diabólica . . Flash Gordon
 El rayo de la muerte . . Flash Gordon
 La madrina del diablo . . Jorge Negrete
 Soda, sangra y aol . . . Jorge Negrete
 Sargento York . . . Gary Cooper

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA



No deje de leer en

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 3 pesetas
150.000 letras de texto

HOMBRES INTREPIDOS

Novela realista de los narradores del mar, con sus proezas, aventuras, arrojo y la ruda coraza de sus cuerpos bronceados de navegantes.

LA RUTA DEL ESTE

Novela documental histórica de gran emoción e interés, describiendo los efectos de los torpedos, submarinos, explosiones y hundimientos.
¡Cautela! ¡Astucia! ¡Decisión!

KIT CARSON

Gran novela de aventuras entre los indios salvajes y los ejércitos mejicano y americano durante la guerra de liberación de California.
JOHN HALL - LYNN BARY

¡ACONTECIMIENTO!

EL IMPERIO FANTASMA

3'50 ptas.

Primera parte LA CAMARA DIABOLICA
Segunda parte EL RAYO DE LA MUERTE
La fantástica novela de mayor emoción, creación del ídolo de todos los públicos

FLASH GORDON

3 pesetas